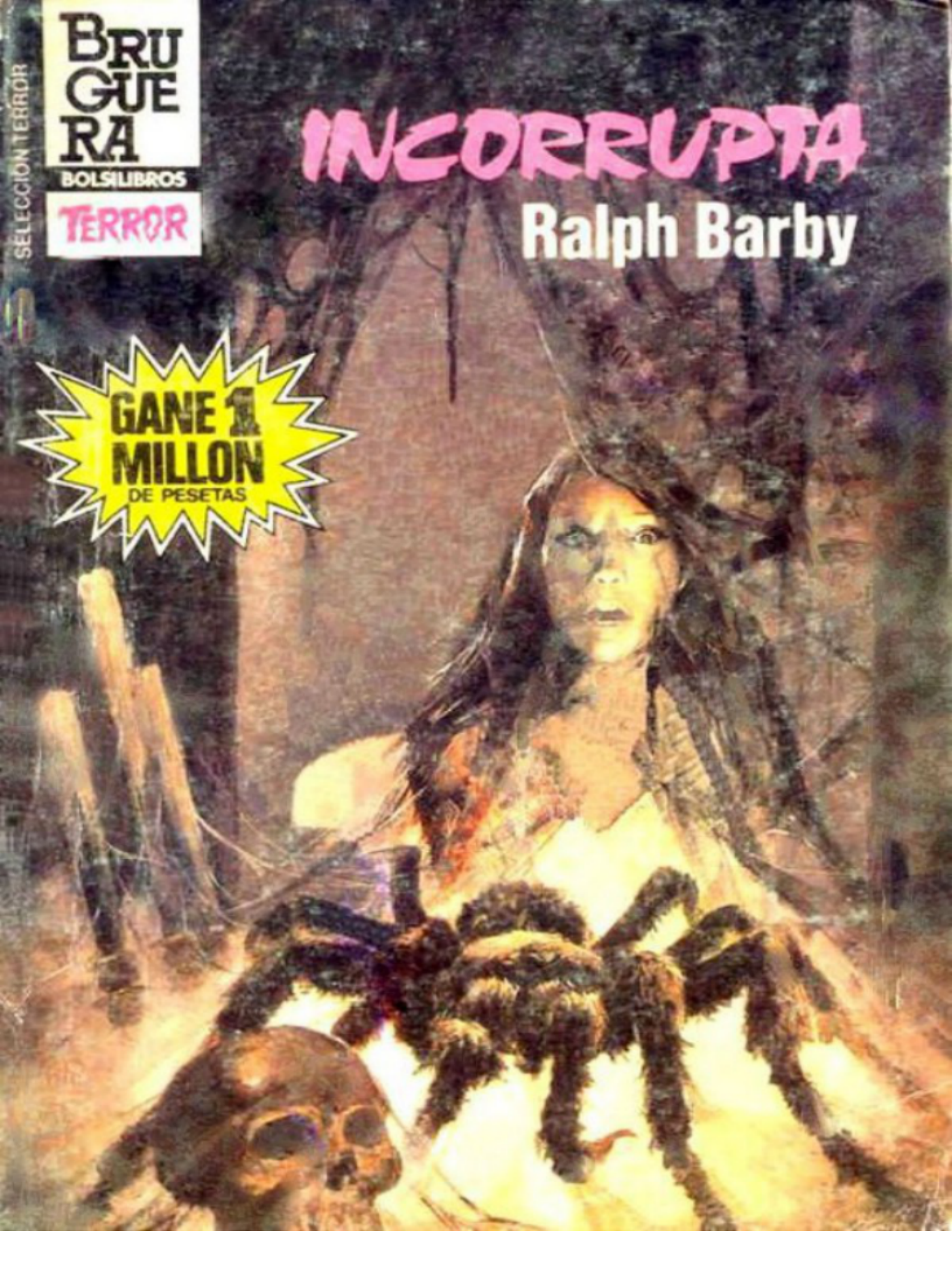

BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
SELECCIÓN TERROR
INCORRUPTA
Ralph Barby
GANE 1 MILLON
DE PESETAS


SELECCION
TERROR

RALPH BARBY

INCORRUPTA

Colección SELECCION TERROR n.° 606
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS COLECCIONES DE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Servicio Secreto
Punto Rojo

Bisonte Serie Roja
Selección Terror

La Conquista del Espacio

1.* edición en España: febrero, 1985 1.ª edición en América: agosto, 1985 Concedidos derechos exclusivos a favor de Editorial Bruguera, S. A. Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (España)

Impreso en España Printed in Spain

ISBN 84 02 02506 4 / Depósito legal: B. 1.689 1985 Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Carretera Nacional 152, km 21,650. Parets del Vallés (Barcelona) 1985

CAPITULO PRIMERO

Maragda se había empeñado en visitar a su amiga Brigitte Marais que sabía que se hallaba gravemente enferma.

Por la familia de Brigitte sabía que la joven se encontraba recluida en una casa de campo a unos treinta kilómetros al norte de Sarrebourg. Y para no hacer el viaje sola, logró convencer a su amiga Simone para que la acompañara.

Simone no se mostraba muy convencida ante el viaje. Ella hubiera preferido salir con hombres por compañeros y emprender la ruta del sur en dirección a España, la tierra del sol, a la Costa Brava o a la Costa Dorada, lugares adonde se podía ir en automóvil y re-gresar con comodidad a la red de autopistas que unía Francia con España.

—¿Crees que le gustará que vayamos a molestarla? —preguntó Simone mientras Maragda conducía el pequeño pero veloz Renault de color amarillo.

—Naturalmente que le gustará. Todos los enfermos reciben muy bien las visitas de sus amigos.

Maragda no era una cursi ni una sentimental, pero estaba segura de que Brigitte las recibiría con los brazos abiertos y lágrimas en los ojos.

Recordaba que Brigitte, en París, era todo alegría. Sonreía con facilidad, soltaba su carcajada de tonos alegres, como sinfonía de cascabeles acordes entre sí. Era una carcajada que contagiaba a los demás, que rompía los malos humores e invitaba a la alegría. Brigitte amaba la vida y se notaba en sus expresiones, en su vitalidad, en el brillo de sus ojos.

—Mira que es mala suerte que haya enfermado de gravedad.

Ante el comentario de Maragda, Simone, que viajaba a su lado sujeta por el cinturón de seguridad, preguntó:

—Pero en realidad, ¿qué tiene, qué le sucede?

—No lo sé, sólo sé que está muy enferma y que...

Tragó saliva, se le había hecho un nudo en la garganta, pero consiguió continuar sin dejar por ello de vigilar la carretera por la que rodaban veloces con el pequeño coche.

—Es posible que tenga un desenlace fatal.

—A mí esto de las enfermedades me da mucho miedo. No será contagioso lo que tiene, ¿verdad?

—No, no lo creo, lo hubieran dicho.

—Debiéramos haber preguntado antes de qué enfermedad se trata.

—¿Crees que no merece la visita de sus amigas, si va a morir?

—Sí, claro, eso sí, pero...

A Maragda le desagradaba la actitud de Simone, pero la soportaba con tal de que le hiciera compañía. Para ella misma, aquella visita a bastantes kilómetros de París era un trago difícil y prefería ir

acompañada.

Había pasado un largo tiempo de estudios en Inglaterra, Londres y Nueva York perfeccionando su inglés. A su regreso, cuando tenía motivos para sentirse contenta, se había encontrado con la desagradable noticia de la enfermedad de Brigitte, la muchacha con la cual había compartido tantas y tantas aventuras desde que eran niñas.

Ambas habían descubierto el placer y el amargor de los primeros amores y se habían contado sus inquietudes. Brigitte parecía destinada para una vida larga, era una mujer fuerte, sana, no recordaba que nunca hubiera tenido problemas.

—¿Crees que en París no podrían curarla? Tenemos los mejores hospitales de! mundo.

—Cierto, pero hay enfermedades que no las cura nadie.

Pusieron varios cassettes de música y pararon en la carretera para estirar las piernas y tomar algunos sandwiches y bebidas refrescantes.

Unos cuantos kilómetros antes de llegar a Sarrebourg, Maragda se salió de la nacional 55. Tenían que llegar a un pequeño pueblo que en muchos mapas apenas venía reseñado. Después, según las indicaciones que tenía, había que rodar tres kilómetros hacia el norte para encontrar Fontnoire que era el sitio donde estaba recluida Brigitte.

—¿Tiene problemas pulmonares? —quiso saber Simone.

—Ya te he dicho que no lo sé —replicó Maragda, ya nerviosa. El viaje se le había hecho largo.

—Madame, por favor —interpeló Maragda sacando la cabeza por el hueco de la ventanilla de la portezuela.

-¿Sí?

La mujer vestía de oscuro. Era una campesina de aspecto descuidado y rostro huidizo, desconfiado.

—¿Por dónde se va a Fontnoire?

Maragda tuvo la impresión de que para aquella mujer era como si le hubieran nombrado al mismísimo diablo, porque notó un gesto de rechazo, de miedo.

—Por aquel camino, por aquel camino.

Señaló con la mano entre un grupo de casas mientras se alejaba sin siquiera esperar a que le dieran las gracias.

—Poco simpática, ¿eh? —comentó Simone.

Maragda no respondió. Hizo avanzar su cochecito por donde le acababan de indicar. Tres kilómetros ya era muy poco, lo malo es que se había terminado el asfalto y el camino de tierra estaba lleno de baches causados por las lluvias que en aquel lugar debían ser constantes en otoño, invierno y primavera.

La hierba crecía en abundancia en los márgenes del camino que daba de sí sólo para el paso de un camión pequeño o un furgón grande. El pequeño Renault tenía espacio suficiente incluso para poder esquivar los baches más grandes.

—Esto parece un tobogán —opinó Simone, molesta.

—Mientras no nos carguemos el coche —comentó Maragda—. Lo importante es que no salga una piedra maligna y lo rompa por debajo.

—¡Mira, eso es el cementerio! —señaló Simone.

Maragda le dio una rápida ojeada. El cementerio tenía muros de piedra rústica y las hiedras caían por encima del muro como si fueran extraños tentáculos vegetales que emergían del interior del recinto hacia el exterior. Oscurecía rápidamente.

—Todos los pueblos tienen su cementerio.

—Sí, pero a mí no me gustan.

—Pues algún día terminarás con tus huesos en uno de ellos.

—No digas eso, trae mala suerte.

—No sabía que fueras tan supersticiosa —se burló Maragda.

—Sé que tengo que morir, todos hemos de morir, pero no quiero pensar en ello, deseo vivir muchos años.

—Y yo.

Maragda encendió los faros. No venía nadie en contra, pero prefería iluminar el suelo para no tener un mal tropiezo.

Se enfrentaron a un pequeño puente de maderas que cruzaba un profundo cauce por el que discurría un riachuelo rumoroso. Con toda seguridad, los días de lluvia debía bajar muy caudaloso.

Al fin, vieron una sombría edificación frente a ellas. Tenía varias de sus ventanas iluminadas. Era un caserón antiguo. Posiblemente un siglo atrás o quizás más, alguna familia burguesa importante lo tuviera para su época de veraneo, un caserón que a simple vista se veía más grande que noble en su arquitectura y materiales de construcción.

No había muro que lo circundase y el camino llegaba hasta la mismísima puerta. Después, describía una curva pronunciada y seguía hacia alguna otra parte, más allá de los bosques que llenaban las colinas.

—¿Será esto? —preguntó Simone.

Maragda acercó su coche hacia la puerta y vio un Land Rover grande detenido. Con aquel vehículo podían salvarse todos los obstáculos y llegar hasta allí con facilidad, pero ellas también habían llegado y a su coche no parecía haberle ocurrido nada.

El ruido del motor hizo que desde el interior de la casa salieran a recibirlas.

Un hombre todavía joven, alto y fornido, de cabello lacio y muy negro, brillante, peinado hacia atrás y cuyo rostro pareció inexpresivo a Maragda, les preguntó:

—¿Desean algo?

—Hemos venido a visitar a una amiga. Ya sé que no son horas de visita, pero el viaje se nos ha hecho largo.

—¿ Vienen de Nancy?

—No, de París —se apresuró a decir Simone.

—Un viaje largo. ¿A quién vienen a ver?

—A Brigitte Marais —dijo Maragda.

Aquel rostro inexpresivo semejó alterarse, o quizás fuera una ilusión causada por la escasa luz que había en el portal del caserón.

—Bueno, pues será mejor que la vean mañana.

—¿No podemos verla ahora? —preguntó Maragda.

—No, ahora no creo que sea convenciente —replicó el hombre.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Simone.

—Mejor sería que regresaran al pueblo. Puedo darles una dirección donde les facilitarán habitación, allí suelen acomodarse los visitantes que tenemos.

Maragda pensó que regresar por aquel tortuoso camino y empezar a buscar por el pueblo de noche, sería muy desagradable.

—Por favor, cédanos una habitación por esta noche, no molestaremos.

—Estoy seguro de ello; sin embargo, no sé si tenemos una habitación para ofrecerles. ¿Pueden aguardar un momento?

El hombre se alejó dejándolas solas en el frío vestíbulo, frío y mal iluminado. Olía a humedad, a viejo, a abandono de años. Simone cuchicheó:

—No me gusta nada. ¿Qué es en realidad este caserón?

—No lo sé. Me dijeron que Brigitte estaba aquí, eso es todo.

—Preferiría instalarme en un buen hotel de Nancy o Sarrebourg.

—Soy de tu misma opinión, pero estamos aquí y no en Nancy. Después de todo, si nos dan cama por una noche, ¿qué más da?

Quien salió entonces fue una mujer y no el hombre
que las había recibido. La mujer vestía una bata de color verde, era alta y fornida.

Habría resultado ideal para funcionaria de prisiones o enfermera de psiquiátrico, y si además se había adiestrado en judo o cualquier otra arte marcial oriental, aquella mujer sería de temer. Sonreía con su boca ancha y con los ojos, muy grandes y redondos.

—Buenas noches. Me han dicho que querían una habitación por esta noche.

—Así
es —
asintió
Maragda.
Simone

se
apresuró
a decir:

—Es que buscar ahora un lugar donde dormir... Hace frío.

—Sí, y al amanecer seguramente habrá helado, el blanco de la escarcha cubrirá la hierba. Tenemos una habitación con una cama, Pierre pondrá otra ahora. Mientras, querrán cenar, ¿verdad?

—Oh, sí, gracias —se apresuró a decir Simone, estremeciéndose —. Y que sea algo caliente, por favor.

—Lo será. Pierre y yo ya hemos cenado, bueno, ha cenado todo el mundo, nos disponíamos a ir a dormir. Pasen a la cocina, si no les importa.

Siguieron a aquella especie de matrona que por su estatura, corpulencia y grosor de brazos parecía capaz de cargarse a un hombre de tipo medio sobre los hombros y echar andar con él.

La cocina no desmerecía al resto del caserón, era muy grande pero oscura. Los techos estaban sucios por el hollín de muchos lustros.

Una cocina de gas moderna contrastaba con el resto de la estancia, y también había una cocina de hierro fundido que despedía calor, hasta tal punto que hacía también de estufa. Sobre aquella cocina llamada económica, pues dentro de ella podía utilizarse lo mismo le
ña que cualquier clase de carbón, se mantenía casi a nivel de hervor el contenido de una olla.

—Aquí comemos Pierre y yo. Los huéspedes, como comprenderán, comen y cenan en sus habitaciones.

—¿Siempre comen en sus habitaciones? —interrogó Simone, perpleja.

—Sí. No pocos de ellos, ni se pueden mover de la cama. Otros, ni quieren comer. Aquí se respeta la voluntad de los huéspedes.

Maragda y Simone intercambiaron sendas miradas. Fue Maragda quien preguntó:

—Pero esto, ¿qué es en realidad, una residencia?

—¿No lo saben? —inquirió la mujer fornida cuyo nombre era Berta.

—Pues, la verdad, no.

—Como han venido a visitar a Brigitte... —Se encogió de hombros—. ¿Son amigas o
parientes?

—Amigas —se apresuró a decir Simone.

—Muy amigas —puntualizó Maragda.

—Esto es una residencia para quienes pronto nos han de abandonar.

—¿Quiere decir una residencia para los que van a morir en un plazo más o menos corto?

—Así es.

Simone, algo asustada, inquirió:
—¿Una antesala de la muerte?
—Si quiere decirlo con esa crudeza, pues sí.
La mujer, tras servirles sendos platos en los que flotaban pedazos de patata hervida, carne y alubias, se sirvió otro plato para ella. Poniendo los codos sobre la rústica mesa, se hizo con una cuchara y comenzó a comer.
—Hace rato que he comido y otro plato no me irá mal. Aquí tenemos buen vino. —Sirvió de una jarra en los tres vasos.

Era evidente que ni Maragda ni Simone iban a comer con la glotonería que lo hacía Berta.

—¿Brigitte también va a morir? —preguntó Maragda.

—Oh, sí, seguro, y me temo que pronto. Será lo mejor para ella. No comprendo como la desgraciada resiste tanto.

—Pero, ¿qué le sucede?

Ante la pregunta de Simone, Berta respondió:

—Lo que a todos los huéspedes, que va a morir pronto. Aquí todos están desahuciados por la medicina y han escogido morir en paz, ellos o sus familias. Los sacan de los hospitales donde los torturan con medicamentos, inyecciones, tubos, sondas y pruebas innecesarias porque ya no hay curación posible para ninguno de ellos y todos han pasado por Lourdes, Fátima o lugares por el estilo sin que se produjera el milagro. Escogen morir en paz y como no pueden valerse por sí mismos o sus familias no pueden cuidarlos hasta la muerte, nosotros, mi marido y yo, montamos esta residencia apartada del mundanal ruido. Pagan una cuota, desgraciadamente exigua, por eso siempre tenemos las habitaciones llenas, y hasta que se produce la muerte. Si los familiares se los quieren llevar, viene un furgón y los trasladan a París, a Nancy o adonde sea y si no los reclaman, los enterramos en el pequeño cementerio del pueblo. A las gentes del pueblo no les gusta mucho esto. El cementerio, pese a ser pequeño, con nuestra presencia aquí va engordando.

—Estás cenando demasiado, Berta —le reprochó Pierre, apareciendo por una puerta cuyo fondo era la oscuridad.

Empezaron a oírse ladridos de perros. Berta puso cara de asco.

—Ya están aquí otra vez.

—Sí, es en el pabellón.

—El olor los atrae —opinó Berta, removiendo el contenido del plato con la cuchara, sin decidirse a llevar el alimento a su boca mientras las dos muchachas observaban en silencio.

—Iré a ver qué puedo hacer.

Pierre fue hasta la pared. Descolgó una escopeta de caza de doble cañón, puso un par
de cartuchos y se alejó. Berta opinó:

—Es el único caso en que nos ha ocurrido esto de los perros. Maragda y Simone siguieron en silencio.

Al poco, dos disparos atronaron la noche y luego se escucharon ladridos lastimeros de perros. No cabía duda alguna de que Pierre, cuando menos, había herido a las bestias.

CAPITULO II

La habitación donde fueron acomodadas era espaciosa. Sin embargo, Maragda tenía la impresión de que la habitación original había sido partida en dos por un tabique.

Una de estas mitades la ocupaban ellas, y de la otra surgían quejidos roncos que duraron toda la noche.

A Maragda, las horas se le hicieron eternas mientras que Simone, pese a sus miedos iniciales, había conseguido conciliar el sueño, un sueño que, por otra parte, no parecía muy tranquilo a juzgar por las vueltas que daba sobre sí.

Maragda no sólo había tenido que oír hasta la obsesión los quejidos roncos, casi estertores, que se producían en la estancia contigua, sino que había oído llantos lejanos, llantos sonoros que en principio le habían parecido jugarretas de su imaginación; pero no, aquellos llantos brotaban de alguna garganta, de algún espíritu desesperado que sabía que corría desenfrenadamente hacia los brazos de la muerte.

Un grito, casi un aullido, largo y penetrante, capaz de traspasar toda clase de muros, le erizó los cabellos. ¿Qué había sido?

Simone despertó bruscamente, sobresaltada.

—¿Qué ha pasado? —inquirió.

—¿A qué te refieres? —preguntó Maragda, con un dominio sobre sí que la sorprendió a ella misma.

Simone no volvió a preguntar, dio media vuelta y se durmió de nuevo. El día llegó muy tarde, como si rechazara volver a nacer.

Las tinieblas fueron cediendo ante una débil claridad, una claridad lechosa, húmeda y gélida, una claridad que desasosegaba.

De hallarse hospedada en un buen hotel, Maragda se hubiere arrebujado entre las mantas como negándose a enfrentarse con un día frío y cargado de opresiva niebla, pero la noche se le había hecho eterna, desesperante, y no podía decir nada en contra del frío, pues la estancia estaba caldeada.

Parecía que a los moribundos allí recluidos, por unos francos al día y hasta su muerte, además de la comida en la que no se esmeraban demasiado, se les garantizaba la calefacción.

En pijama, evitando hacer ruidos, buscó el cuarto de aseo que Berta les había mostrado al final del corredor.

Asió el pomo, lo hizo girar y tuvo la impresión de que alguien la estaba ayudando en aquella acción, pues la puerta cedió con facilidad. De pronto, se encontró frente a una visión que le hizo ahogar un grito de terror.

Enfrentarse a un rostro que parecía una calavera a la tenue luz que entraba por la ventana que había al fondo del corredor, impactaba.

Si le hubieran jurado que la mujer que tenía delante era un cadáver viviente, lo habría creído sin vacilar.

La extraña mujer que salía del cuarto de aseo, al verse ante el rostro joven y terso de Maragda y su expresión de miedo, semejó cobrar súbita conciencia de su propia fealdad.

Con las manos, se cubrió aquel rostro que podía
tomarse por una calavera recubierta de piel amarillenta y se alejó corriendo hasta
desaparecer tras una puerta.

Maragda relajó su cuerpo con un largo suspiro.

Entró en el cuarto de aseo y se encerró pasando e! cerrojillo. Pegó su espalda a la pared y lamentó haber molestado a aquella moribunda que estaba allí desahuciada por la ciencia médica y esperando a la muerte.

Maragda tenía toda una vida por delante, pero aquella mujer, ¿qué podía esperar ya? ¿Unos meses, unas semanas? Quizás unos días y después, el fin.

Posiblemente, nadie acudiría a buscarla y sería olvidada en el pequeño cementerio de la aldea perdida entre colinas de feraces bosques de robles.

Miró en derredor.

El cuarto de aseo tenía piezas de loza modernas en un entorno antiguo. Las reformas habían sido mínimas en el caserón.

Deseó marcha de allí corriendo. Era como si, de pronto, hubiera cogido pánico de contagiarse de la agonía que padecían los seres recluidos en el caserón de Fontnoire.

En la cocina, con el olor a café y a lecha caliente, se sintió mejor.

Berta hacía su trabajo con normalidad. Vertía polvos en el recipiente de la leche ya caliente. Maragda preguntó:

—¿Qué es?

—Bah, sólo se trata de tranquilizantes.

—¿No decía que no tomaban fármacos?

—Si tuvieras los dolores que sufren algunos de nuestros huéspedes, también pedirías tranquilizantes. No les damos nada con intención de curar, de agredir sus cuerpos, porque es inútil, y ese es el pacto. Se terminaron los medicamentos y los sufrimientos que causan, tratan do de Curar un órgano, estropean otro. No, nada de medicamentos. Pierre y yo somos ayudantes técnicos sanitarios y el médico del pueblo, que sabe muy bien de qué va todo esto, se da una vuelta por aquí todos los días, es como un padre para los huéspedes. Sólo receta palabras afectuosas. Aquí no existe el fetichismo de las medicinas, pero sí pongo tranquilizantes en las bebidas para que sus enfermedades les duelan menos y mueran con el mínimo de dolores posibles.

Todas aquellas explicaciones sorprendían y angustiaba a Maragda. Se preguntó si la leche que ella bebía en aquellos momentos estaría cargada de algún tranquilizante que era, al parecer, el único fármaco que allí se consumía.

—Y Brigitte, ¿sufre mucho?

—¿Brigitte? —Suspiró, ensombreció su cara. Aquella mujer, que debía estar entre los treinta y cuarenta años, tenía una vitalidad que debía abofetear la sensibilidad de los huéspedes por el contraste. Al fin, dijo—: Yo puedo decirle que habéis venido, se pondrá contenta, pero es mejor que os vayáis.

—¿Marcharnos, después de haber recorrido tantos kilómetros para verla, para saludarla, para decirle que seguimos siendo sus amigas?

—Sí, admito que es muy duro, pero seguid mi consejo.

Maragda hubiera preferido responder que no se iba sin ver a Brigitte, pero prefirió no llevar la contraria a Berta y se llevó el tazón de leche a los labios.

Simone apareció en la cocina. Maragda le descubrió ojeras pese a haberla visto dormir, aunque era evidente que había dormido mal.

Casi sin voz, preguntó:

—¿Cómo está Brigitte?

—La veremos luego, cuando haya desayunado —le respondió Maragda.

—Cuando acabe de dar el desayuno a los huéspedes, os llevaré al pabellón, pero insisto en que es mejor que
os vayáis, ella agradecerá igualmente vuestra visita. Aquí la cuidaremos bien y cuando todo termine, será enterrada en el cementerio del pueblo.

—¿No vendrán a buscarla? —preguntó Simone.

—No, su familia ya ha solucionado estos pequeños problemas. Su ataúd y su tumba ya están pagados. Ahora, hay que dejar a la madre Naturaleza que escoja el final. Yo no entiendo como resiste tanto. Pierre dice a veces que debe tener un diablo dentro que la obliga a vivir.

—¿Un diablo? —repitió Simone, asustada.

—Es una forma de hablar, mujer —suavizó Maragda. Después preguntó—: ¿Así, no está en la casa?

—Pues no, la tenemos en el pabellón. Está como a doscientos pasos por detrás de la casa, ya os llevaré, tened paciencia. Pero si queréis hacerme caso y os lo recomiendo por última vez, marcháos ahora. Recordad a vuestra amiga como la visteis en vuestras correrías juveniles. Hay enfermedades que lo cambian todo. Yo he visto muchas cosas y ya no me sorprendo de nada, pero Brigitte... Bueno, ella es un caso especial. Jamás hemos tenido a ningún otro huésped que se le pudiera parecer.

—Pero, ¿qué enfermedad tiene? —inquirió Simone, ansiosa.

—No solemos decirlo —replicó Berta mientras preparaba una gran bandeja en la que había amontonado platos, tazas, cucharillas y la leche, una bandeja que Maragda pensó que ella tendría dificultades en llevar y más por una escalera—. Todos los que están aquí se mueren. ¿Qué más da que sea de cáncer o de cualquier otra enfermedad? Aquí son todos iguales, tienen el mismo destino.

—¿Y no se ha salvado nunca nadie de los que han venido aquí? —preguntó Simone, temiendo recibir una respuesta desagradable.

—Hasta hoy, nadie. Cuando se llega a Fontnoire, ya se ha recurrido a todo, desde médicos y curanderos a santuarios milagrosos y por el camino han ido dejan do sus fortunas. Cuando llegan aquí, ya poco les queda para que Pierre y yo los cuidemos. Ya volveré luego, ahora tengo trabajo y Pierre ha ido a por leña, aquí consumimos mucha.

Cuando Simone y Maragda se quedaron solas en la cocina, cuchichearon temerosas de ser oídas.

—Es escalofriante, Maragda, ¿a qué sitio me has traído? He estado oyendo lloros, gritos y respiraciones extrañas.

—Ya has oído, es gente que agoniza. Yo creí que este lugar pertenecía a algún familiar de Brigitte que la cuidaba, pero me equivoqué, es una residencia para moribundos sin salvación.

—Esto es peor que un hospital. Allí hay muertos, enfermos, pero también están los que salen vivos por su propio pie. Aquí salen todos en ataúd.

—Tampoco lo mires de una forma tan trágica, Simone. Después de todo, un día u otro tú y yo también estaremos en un ataúd.

—No digas eso, por favor —pidió, estremeciéndose visiblemente—. La verdad, preferiría estar ahora en París, en cualquier discoteca.

—¿Quieres olvidarte de la pobre Brigitte? No estamos aquí para divertirnos.

—Está bien —suspiró—, pero cuanto antes nos vayamos, mejor.

Por la propia cocina, Maragda salió al exterior. La niebla se aclaraba y se hacía más espesa a intervalos. Un gran árbol de pronto desaparecía y luego reaparecía fantasmalmente.

—¿Me acompañas?

—¿Adónde? No está el día para pasear.

—Pues, quédate aquí, yo ya volveré.

—Ah, no, no, a mí no me dejas aquí con los moribundos.

—No hables así, ellos sufren y pueden oírte.

—¿Quieres decir que entienden algo?

—Los habrá que sí y los habrá que no. Lo que no sé es cuántos hay.

—¿Y adónde quieres ir con esta niebla? —preguntó Simone, acercándose al oído de su amiga.

Avanzaron por un camino ancho.

Una doble hilera de árboles lo flanqueaba, marcándolo. Oyeron el canto de un gallo y algunos cloqueos, debía haber un gallinero cerca.
—Hace mucho frío —opinó Simone.
La hierba aparecía blanqueada bajo el algodonado manto de niebla que atería las mejillas de las muchachas. Simone volvió la vista atrás y observó como poco a poco el caserón se desdibujaba.
—Nos podemos perder con tanta niebla —se quejó Simone.
—Imposible, si no nos separamos de este camino de árboles.
—Pero, ¿adónde vamos?
—Al pabellón.
—¿A ver a Brigitte?
—A eso hemos venido —replicó Maragda que avanzaba entre la niebla, como desafiándola.
—Oye, ¿no hueles muy mal?
—Sí, debe haber algún estercolero cerca.
—¿Qué es eso? —preguntó Simone, apretándose contra Maragda.
—No lo sé.
Con mucho recelo, se acercaron a lo que parecía un cuerpo tendido en el suelo. La niebla tampoco era tan densa como para no ver a cinco pasos cuando ya delante de ellas se dibujaba la silueta de una casa pequeña que debía ser lo que llamaban pabellón.
—Es un perro muerto —exclamó Simone—. ¡Qué asco!
El perro estaba sobre un charco de sangre y la escarcha blanca cubría ligeramente su pelaje oscuro.
—Es un perro grande —observó Maragda, impresionada por aquella bestia parda a la que la muerte había dejado con las mandíbulas desencajadas y la amoratada lengua afuera.
— ¡Ah! —exclamó asustada Simone cuando una manta vieja cayó sobre el animal
muerto.
Ambas miraron al hombre que acababa de surgir inesperadamente de entre la niebla.
—Pierre —dijo Maragda—. Nos ha asustado.
El hombre de rostro inexpresivo y cabello lacio, aplastado contra el cráneo, les dijo con cierta sorna:
—Precisamente trataba de que no se asustaran. Un animal muerto, cuando es grande, siempre impresiona. Esta bestia pesa como cincuenta kilos. Por aquí, desgraciadamente, hay muchos perros cimarrones y son tan peligrosos como los lobos. Además en los últimos años, por culpa de los zorros rabiosos, se han dado bastante casos de rabia. Yo maté a dos esta noche, estaba seguro de ello, pero sólo había encontrado un cuerpo hasta ahora que acabo de descubrir al otro.
—Entonces, es peligroso andar por aquí si estas bestias andan

sueltas —dijo Simone.
—No, ellos vienen atraídos por el olor, tienen hambre.
—¿Se refiere a este olor tan nauseabundo que hay por aquí?
—Sí, la niebla lo agudiza; luego, depende de cómo sople el viento, pero estos animales parece que lo olfateen a kilómetros de distancia.
—¿Y de dónde sale este olor tan desagradable?
Pierre tardó en responder. Avanzó hacia ellas, alargó su pie calzado con botas de media caña y pisoteó a
la bestia muerta como para asegurarse de que no iba a moverse más.
—Del pabellón —dijo, sin mirar hacia la silueta difuminada de la pequeña casa frente a la cual estaban detenidos.
Maragda objetó:
—Pero, ¿no dijeron que Brigitte estaba ahí dentro?
—Precisamente, señorita. Creo que Berta, mi mujer, les ha dicho que es mejor que se vayan sin verla.
—Sí, nos lo ha dicho —se apresuró a asentir Simone.
—Entonces, sigan su consejo.
—Hemos venido hasta aquí para verla, para hablar le, y lo haré. Pirre se encogió de hombros.
—Usted misma, yo no se lo voy a impedir. Esto no es ninguna cárcel, ni siquiera un hospital donde se prohíben las visitas. Precisamente somos de la opinión de que a muchos huéspedes las visitas les hacen bien.
Dejaron al perro muerto tapado con la manta y avanzaron hacia el pabellón que en su día pudo ser el hogar de los cuidadores de la casa grande, mientras los amos aristócratas o burgueses se hallaban en París. Simone había agarrado el brazo de Maragda y le dijo al oído.
—Yo, yo me espero afuera.
Maragda prefirió no responderle. Tenía los labios prietos y la actitud decidida.
Llegaron frente a la puerta protegida por una pequeña marquesina de tejas negras. Pierre sacó una llave de su bolsillo.
—Hay que tenerla cerrada para que no se cuele ninguna bestia. Nosotros cumplimos el trato siempre hasta el final.
Abrió la puerta.
Maragda miró en derredor. La niebla no le permitía ver el caserón que se hallaba a menos de doscientos pasos ni a la mayor parte de los árboles.
Una inquietante soledad los rodeaba, no había más ruido que el de sus pasos y voces. No parecía haber pájaros y tampoco otras bestias o insectos.

—Yo me quedo —insistió Simone, aunque también tenía miedo de permanecer sola en el exterior.

Maragda siguió sin decirle nada. Notó que tenía dificultades en soportar el mal olor que invadía toda la casa y preguntó a Pierre que parecía aguantarlo todo:

—¿No podrían ventilar esto mejor?

—Lo ventilamos cada día, pero es imposible quitar el olor.

Entraron a una sala-comedor cocina y luego se dirigieron hacia una habitación en penumbra. Maragda se habituó a la escasa luz y avanzó junto a Pierre.

Vio la cama y el olor se hizo más insoportable. Observó la ventana estaba enrejada y protegida por una tela metálica de alambre, gruesa y de agujeros tupidos. Por allí no podía pasar un animal pequeño.

—Parece una cárcel —opinó Maragda en voz baja.

Pierre, sin bajar la voz, como importándole poco que pudiera oírlo la moribunda que allí estaba, explicó:

—Tuvimos que ponerla porque entraron ratas. No sé de dónde salieron, pero llegaron hasta aquí y la mordieron.

Maragda sintió escalofríos y tuvo que apretar los dientes.

Una especie de gran mosquitera cubría a Brigitte. Pierre la apartó para que Maragda pudiera ver a su amiga y fue como un vendaval de viento helado golpeándole el rostro.

Tuvo la impresión de que se le erizaban los cabellos.

Sin poderlo evitar, dio un paso atrás. Lo que estaba viendo superaba en mucho cualquier cosa desagradable que pudiera haber imaginado.

Cubierto por mantas, había un ser de difícil calificación.

Sus cabellos rubios y largos la identificaban como mujer, pero su rostro ya no era la expresión de la muerte, sino de la corrupción física en estado avanzado.

Las cuencas de los ojos estaban vacías. Faltaba par te de la nariz y de los labios. Se veían los dientes y los pómulos estaban negro morados. Vio las manos y algo se movía entre ellas. Pierre siguió la dirección de su mirada y sin elevar la voz, explicó:

—Son gusanos. Cada día le hacemos una limpieza, pero en imposible acabar con ellos, los tiene por todo el cuerpo. Nadie entiende como vive aún. Si muriera, sería un bien para ella.

Maragda se mordió los labios para no gritar, contuvo sus deseos de salir corriendo. Aquella no era Brigitte, no la reconocía en aquel ser que se corrompía en vida como si se tratara de un cadáver muerto desde largo tiempo. Aquello era peor, mucho peor que la más maligna de las lepras.

—No, no es ella —gimió, temblándole la voz.

—Sí, es ella, es Brigitte, su amiga, sólo que no es la misma que

conoció. Los médicos no saben qué enfermedad padece. La familia se negó a que experimentaran con ella y exigió el derecho a dejarla morir en paz.

—Pero, está muerta —balbuceó.

—No, no está muerta. ¿Verdad que no, Brigitte?

—Nooo...

Una voz oscura, apenas inteligible, escapó de aquella boca que apenas tenía labios. Pierre vertió agua de un jarro en una jofaina y dijo:

—Está con azúcar, eso le gusta.

Empapó una esponja en aquel agua y Brigitte la atenazó con sus dientes. El hombre apretó la esponja haciendo que el contenido fuera expulsado dentro de la boca de la moribunda.

—Es muy difícil alimentarla. Si fuera hija mía, ya le habría facilitado lo que ella misma desea.

—Brigitte, Brigitte, ¿eres tú?

—Sí.

—Soy Maragda. ¿Me recuerdas? —preguntó con miedo.

—Síííí.

—Responder con monosílabos aún le va bien.

—¿Te encuentras muy mal?

Pensó que había hecho una pregunta estúpida, pero no sabía qué decir.

—Síííí.

—Acérquese más, sino no la oirá bien —le dijo Pierre—. Al verla comprenderá que nuestros cuidados nunca estarán suficientemente bien pagados.

Maragda quiso vencerse a sí misma, demostrarle a aquel hombre que además de sensible también era fuerte, y se acercó a la cama.

De pronto, Brigitte alzó una mano y tanteó el aire. Como movida por un sentido que sin duda alguna no era la vista pues, desgraciadamente, carecía de ojos, le atenazó la muñeca. Maragda tuvo el instinto de apartarse al ver la mano de la que minúsculos gusanos asomaban al exterior y volvían a sumergirse entre los huesos y tendones.

—Ma...rag...da...

—Creo que quiere decirle algo.

—Sí, sí, te escucho —dijo Maragda, haciendo el mayor esfuerzo de voluntad de su vida para vencerse a sí misma y no huir gritando.

—Beli Po...lack.

—¿Qué, qué dices? —inquirió, acercando el oído al rostro pútrido y maloliente, un rostro en descomposición.

—Beli Polack —repitió tras un gran esfuerzo, pues notó la desesperación en la mano agusadana que oprimía su muñeca.

—¿Qué es ese nombre, Brigitte, qué es?
—Ya no creo que le responda —dijo Pierre—, Tiene muy poca energía y cuando la gasta, cae como dormida, creo que en un estupor de terribles alucinaciones. ¿Quién sabe qué pesadillas la aterrorizan?
—No hable así, por favor, no hable así delante de ella.
—Pero, ¿qué le pasa? Si ella ya no la oye.
La mano de Brigitte había perdido su fuerza. Soltando la mano de Maragda, había vuelto a caer sobre la cama, junto al cuerpo moribundo.
Maragda se echó a llorar convulsivamente, no podía resistir más. Pierre, con sarcasmo, le
recriminó:
—Ya le he dicho que era mejor que no entrara a verla.
Maragda escapó corriendo del pequeño pabellón donde anidaba la corrupción de unos despojos huma nos, que paradójicamente, aún tenían vida.
Simone vio pasar a su amiga sollozando casi a gritos y el miedo también se apoderó de ella. Salió corriendo detrás de Maragda, huyendo ambas de aquel maldito lugar.

CAPITULO III

Maragda había tratado de olvidar, de borrar de su mente la experiencia más desagradable de su vida. La visita a Brigitte la había marcado profundamente.

Ella y Simone regresaron a París prácticamente sin articular palabra, pero no era fácil olvidar lo que ya estaba grabado en su cerebro con el cincel del espanto.

Había sufrido horribles pesadillas y, para olvidarlas, había bebido más de lo habitual y fumado «has» tratando de escapar a los recuerdos.

Sin embargo, lo mismo el alcohol que la hierba le habían hecho recordar más, por lo que los apartó de sí con energía y se dedicó de lleno a sus estudios por la mañana y al trabajo en un despacho de ventas inmobiliarias durante la tarde.

Pese a su trabajo y a los estudios, los fines de semana también hacía un hueco para la diversión, para acudir a la discoteca o a los pubs donde se encontraba con sus amigos.

Aquel sábado noche, en el pub que solía frecuentar, le presentaron a un joven que le pareció muy alto y atractivo.

No era del tipo absorbente y egocéntrico que sólo quería hablar de sí mismo para que los demás aplaudieran sus gracias, sino todo lo contrario.

Alain era callado, pero su rostro y especialmente sus grandes ojos, expresaban multitud de cosas. Maragda sintió una rápida y natural atracción hacia él.

—¿Qué haces? —le preguntó Maragda cuando quedaron algo separados de los demás.

—Acabo de terminar medicina.

—Hum, ¿ya eres médico? —casi se burló la mu chacha.

—No me siento médico todavía.

—¿Por qué? ¿Aún no has enviado a nadie al cementerio?

—Más o menos. Espero ingresar como médico en un hospital.

—¿En qué especialidad?

—Neurología.

—¿Viene de familia?

—Si tuviera familia metida en esa especialidad, ya estaría colocado. No, soy el primer médico en mi familia y lo tengo difícil. Los médicos forman una casta y es muy cerrada. A los que somos como yo nos utilizan casi siempre como ayudantes, pero quienes sobresalen son los clanes familiares.

—¿Te sientes vencido antes de empezar?

—Vencido, no, pero desanimado, quizás.

—¿Eres pesimista o tienes la neura?

—No lo sé. Creí que al tener el título de médico en el bolsillo me sentiría algo importante; sin embargo, no siento nada.
—¿Te han rechazado algunas peticiones de colocación?
—Sí, unas cuantas; otras, ni las han respondido. Para que te admitan los clanes familiares has de ser poco más o menos el número uno de tu promoción. También es verdad que utilizan médicos mediocres en puestos claves para que ellos carguen con las posibles equivocaciones de diagnóstico. En muchas clínicas hace falta
un idiota para que firme las defunciones poniendo simplemente «defunción por fallo
cardíaco».
—¿Y cómo sabes eso, si todavía no has pasado por la situación?
—Me lo ha contado alguien que está haciendo esa labor oscura y se ha visto tres veces en proceso. Eso sí, le garantizan abogados y defensa hasta el final. No lo han encontrado nunca culpable de nada. El clan médico familiar al que sirve por un salario mediocre al mes tampoco deja que se hunda porque les es muy útil para que a ellos no les caiga nunca una mancha en su historial profesional.
—No te desanimes, hombre.
—Quizás me vaya a provincias o a otro país, no sé. Me estoy dando un tiempo de tregua o de reflexión, como dicen algunos. Esperaré a que vayan respondiéndome a las peticiones que he hecho. Después, ya veré qué escojo.
—¿Vives con tu familia?
—No, vivo solo, en el piso que fue de mi familia. Mis padres murieron de accidente de automóvil.
—Lo siento.
—Ya ha pasado tiempo. A mí me quedó la soledad, una pequeña herencia y una pensión hasta que pueda ejercer. Si no me voy a jugar a los casinos o me compro un deportivo último modelo, tengo para ir tirando.
—Has de animarte, hombre.
—Bueno, tampoco importa mucho que me tome unas largas vacaciones antes de empezar, y más si me encuentro a mujeres tan inteligentes y bonitas como tú.
—No estarás tratando de ligarme, ¿verdad?
—No, porque estaría mal pedirte que vinieras a mi casa.
—Y si fuera, ¿correría peligro?
—No correrías más peligro que el que tú misma quisieras correr.
—Una buena respuesta. Si sucede algo, yo soy la culpable.
—Bueno, no he querido plantearlo de esa manera. Maragda sonrió tras su vaso

de combinado.
—Algún día quizás acepte visitarlo.
—¿Esta noche no?
—No, no —repitió ella negando coquetamente con la cabeza. Era un «no» que prometía ser un «sí» en otra ocasión.
—¡Eh, pareja! —los interpeló Aurore—. Esta noche, a las doce, hay una boda bruja.
—¿Una boda bruja? —repitió Maragda, sorprendida.
Se acercaron al resto del grupo. Se hallaban sentados en torno a una y parecían estar tomando alguna decisión que pudiera proporcionarles diversión por aquella noche.
—Esta noche hay boda bruja, boda satánica por si no lo sabíais. Hay hasta luna llena — explicó Aurora, excitada.
—¿Es interesante? —preguntó Alain.
—Sí, ya lo creo, habrá misa negra incluida y televisión y fotógrafos de prensa. Entre el público asistente, habrá muchos brujos y magos famosos.
—¿Se trata de un aquelarre? —preguntó Simone.
—Supongo que montarán algún número de brujería, pero nada que pueda hacer intervenir a la policía —explicó Aurore, que parecía muy enterada del acontecimiento.
Tenía una revista dedicada a la magia y al esoterismo que anunciaba la boda bruja—. Vendrán brujos y brujas, magos y esoteristas de Inglaterra, Alemania, Austria, España, Italia y de algunos otros sitios más, pero se dice que los invitados se mezclarán entre el público asistente para no llamar la atención sobre ellos. —Aurore se echó a reír y después comentó—:
Qué farsantes, si lo que desean precisamente es llamar la atención a toda costa.

—Si fueran brujos y brujas en serio, no se harían ver tanto, no llamarían la atención. Sería una ceremonia secreta.

—No seas tonta, Simone —le reprochó Aurore—. Si todo eso es mentira. Ellos montan su número publicitario para que luego los clientes los llamen, lo mismo para echar las cartas que para un consultorio astrológico o si son muy famosos, para invitarlos a ceremonias secretas, porque ya sabréis que en París se celebran muchos rituales satánicos. Ni se sabe cuántas sectas de esa clase hay en la actualidad.

—Tú estarás muy enterada —le dijo Maragda— porque siempre estás leyendo esa clase de revistas.

—Es lo mismo que las revistas que hablan de los famosos del cine, de la canción y de la aristocracia, pero éstas hablan de brujería. Ellos también tienen sus guapos y sus guapas. Asistirá nada menos que Polack.

—¿Polack? —repitió Maragda.
—Sí, Polack.
—¿Beli Polack?
—Sí, ¿lo conoces?
Maragda sintió centrada sobre ella las miradas de todos. Se puso nerviosa y trató de disimularlo.
—No, no lo conozco, pero he oído hablar de él.
—Es el más guapo de todos, dicen que tiene un gran éxito entre las mujeres. Posee un pequeño castillo a las afueras de la ciudad. Se comenta que es el mismo que tenía en su país de origen y que lo hizo desmontar piedra a piedra para traerlo aquí. Otros aseguran que no es cierto, que simplemente se trata de una copia más o menos exacta del castillo que posee en su país, éste en versión reducida. La verdad es que se habla mucho de él, es como el *play-boy* de los brujos.
—Me gustaría verlo —confesó Maragda.
—Pues, ¿qué os parece, chicos, vamos a la boda? De voyeurs, claro. Si no nos gusta, abucheamos; si nos complace, aplaudimos.
Aceptaron. Alain preguntó al oído de Maragda:
—¿Tanto te interesa ese brujo *play-boy?*
—No, no es que me interese. He oído hablar de él y quisiera verlo aunque sea de lejos.
—Pues, cuidado con él —le advirtió Aurore—, Aseguran que hipnotiza a las mujeres que le gustan, es muy peligroso. —Y se echó a reír.
Animados por la posible diversión que podían encontrar en la boda bruja, salieron del pub.
Maragda cargó a Simone y a Aurore en su cochecito. Los otros se repartieron en dos coches, excepto Alain que cubrió su cabeza con un gran casco negro y montó a horcajadas sobre una gran motocicleta de fabricación japonesa.
—Parece un guerrero del espacio, ¿verdad? —opinó más que preguntó Simone.
—Sí, lo parece —admitió Maragda, con un brillo de admiración en sus ojos al mirar al joven que acababa de poner su máquina en marcha.
—A mí me dan miedo —confesó Aurore—, no se les ve la cara. Algún día, detrás de la mirilla del casco, habrá un extraterrestre.
—Sí, el ET —se rió Simone.
La pequeña caravana partió en busca del local donde se iba a celebrar la boda bruja.
—¿Te has ligado a Alain? —preguntó Simone a Maragda.
—
No
digas

tonterías.
Aurore
opinó:
—Alain es un tipo de porvenir, ya lo veréis con el tiempo.
El local donde se celebraba la boda bruja era un club nocturno, de escaso relieve, nada anormal había en la fachada.

Algunos coches se fueron deteniendo para descargar a sus ocupantes que fueron entrando en el club nocturno.

Las chicas pudieron ver como varios fotógrafos y un pequeño equipo de televisión entraba en el local. La ceremonia distaba mucho de ser secreta.

Señalaron a tres mujeres que entraban en el local vestidas de púrpura, con grandes collares repletos de colgantes que parecían amuletos.

—Esas deben de ser tres brujas —comentó Aurore en voz baja.

Simone, divertida, pues no veía nada tétrico ni terrorífico en la entrada del local, opinó:

—Si la televisión nos toma algún plano y salimos por la pequeña pantalla, nuestras familias y amistades no señalarán como brujas.

Los hombres que entraron tenían el aspecto más variopinto. Los había vestidos con sayales largos llevan do las cabezas rapadas y luengas barbas. Otros, en cambio, preferían el chaqué. Cada uno de los brujos, esoteristas, satanistas, demonólogos, astrólogos y demás mánticos, poseían su propia personalidad.

—¿Qué, entramos? —preguntó Alain, acercándose a ellas, lo mismo que los otros jóvenes que componían el grupo.

—A ver si nos prohíben la entrada por infieles a Satán —se rió Jasmin, otra de las muchachas del grupo.

Pasaron al vestíbulo y vieron una decoración especial para la fiesta que se iba a celebrar. A base de escayola pintada, habían imitado la entrada del infierno y los dos hombres que vigilaban la misma, vestían de diablos, caretas incluidas.

—Invitaciones —pidió uno de ellos.

—No las tenemos —se apresuró a decir Aurore—. Pagaremos las consumiciones.

—Si no tienen invitaciones, deberán pagar la entrada.

Simone preguntó:

—¿Cuánto vale?

—Cien francos.

Ante aquella respetable cantidad, se elevaron las protestas. Aurore fue quien más se quejó, ya que después de haber llevado hasta aquel lugar a sus amigos, se sentía mal porque no pudieran entrar.

Era evidente que la mayoría de los que componían el grupo no

podían permitirse el lujo
de pagar cien francos por la entrada. Después de todo, allí no iban a actuar los Rolling Stone ni Stevie Wonder.

—Por favor, haceos a un lado —pidió uno de los porteros cuando llegaban más invitados.

Acababan de llegar dos rubias platinos impresionantes que mostraron sus invitaciones. Vestían llamativos trajes largos y se las podía tomar por artistas de cine en noche de estreno.

Junto a ellas, con un smoking impecable, iba un hombre alto, muy bien peinado su abundante cabello negro ondulado. Su cara era alargada y sus ojos, muy grandes, impresionaban. Era un hombre de edad indefinida del que muchas mujeres habrían opinado que era muy guapo y atractivo.

Tras mostrar sus invitaciones en regla a los diablos porteros, entraron en la sala. Maragda recordó a su amiga Brigitte y se decidió de pronto.

—Yo entro.

De la billetera que llevaba dentro de su bolsillito, junto con el carnet de conducir, sacó los cien francos y pagó.

—¿Estás loca? —protestó Aurore—. Es mucho dinero.

—Yo no entro —replicó Jasmin.

Varios de los muchachos se quejaron. Sólo Alain y Simone entraron mientras los demás, farfullando protestas, se alejaban del vestíbulo.

La decoración del interior del local seguía la misma tónica de la entrada.

Los focos luminosos se ocultaban entre falsas estalactitas. Había mesas, en su mayor parte ocupadas, y el escenario estaba preparado para la ceremonia de la boda bruja.

El ambiente se estaba caldeando. Corrían los licores y el champagne por las mesas, se oían risas. Allí no parecía haber nada tétrico pese al montaje infernal.

Se sentaron ante una mesa y Simone cuchicheó:

—Hay varios brujos y brujas famosos.

—Yo no conozco a nadie —confesó Alain.

Maragda, por contra, estaba muy preocupada. Sus ojos habían .estado buscando a un personaje concreto y, al hallarlo, sus pupilas ansiosas se clavaron en él.

El hombre vestido de smoking y con un aspecto muy elegante, estaba acompañado por las dos bellísimas mujeres que parecían brujas de lujo.

—¿Lo conoces? —preguntó Alain que se había fijado en la dirección de su mirada.

—Creo que es Polack.

—¿Polack, el tipo al que se ha referido Aurore?

—Sí, creo que es él.
—¿Es un brujo de verdad o de fantasía? —quiso saber Simone, empleando siempre el cuchicheo.
—No sé qué es ese hombre, pero me gustaría saber cosas sobre él..
—No te habrás enamorado de él al primer golpe de vista —se burló Simone.
—No, no se trata de eso, algún día te contaré.
—Hablas como si tuvieras un misterio entre las manos —opinó Alain, en cierto modo disgustado por la atención que la joven ponía en Polack.
—No es una cuestión personal —explicó Maragda—, pero necesito saber cosas sobre
ese hombre para encontrar explicaciones.
—¿A qué? —preguntó Alain.
—Lo siento, ahora no puedo decirlo.
—*¡Phs...!* —Simone les pidió silencio.
Una música de órgano comenzó a llenar el ambiente. Se fueron apagando luces y sólo se iluminó el escenario. La decoración estaba bien hecha y surtía el efecto deseado. Era como simular el infierno o lo que la gente entendía por infierno. Se' descorrió una espesa cortina y apareció un gran retrato de Belcebú que impresionó a Maragda lo mismo que a Simone.
—Qué horrible cara de macho cabrío —opinó Simone.
Belcebú estaba representado con el aspecto del macho cabrío, en color gris oscuro. Sus ojos eran graneles, insondables y como enrojecidos en fuego y sangre. Aquellos ojos parecían vivos.
Aparecieron los contrayentes, un hombre de mediana edad, con barba que lo envejecía algo más de lo debido, y una mujer joven y hermosa que vestía una túnica negra.
Se entonaron cánticos y otro brujo inició unos conjuros. Se encendieron antorchas aromáticas mientras la cámara de televisión filmaba y los flashes de las máquinas de fotografiar relampagueaban.
Los que se estaban casando se cogieron de la mano y se ofrecieron a Belcebú desnudándose ambos, ofreciendo sus cuerpos físicos y espirituales al príncipe de los infiernos.
A Maragda no le gustó aquello que empezaba a tener todo el aspecto de lo que podía considerarse un aquelarre.
Una cortina casi transparente cayó entre los contrayentes y el público. Pese a ello, se pudo ver cómo hacían el amor sobre una especie de litera. Los gemidos de placer pasaron a los altavoces y hubo aplausos y gritos de contento al final del coito.
La boda se había consumado y los esposos desaparecieron.
Tras la aberrante ceremonia, en el escenario aparecieron unas bailarinas que hicieron un número de diablesas eróticas con vibrante

música tecno.
—Pero, ¿todo esto es verdad o sólo se trata de un montaje publicitario de esta gente para promocionarse? —inquirió Simone, perpleja.
—Ellos tienen que vivir y si esto trasciende a los medios de información, muchos de ellos conseguirán contratos, consultas, nuevas entrevistas particulares. Es lo que buscan, como cualquier otro profesional. Los artistas, médicos o deportistas suelen hacer lo mismo.
—Yo creo que todo lo que se está haciendo aquí no es broma, no es simple teatro de cara a la opinión pública —dijo Maragda.
—Yo no creo nada en la brujería, el esoterismo y todo lo demás —confesó Alain—, A mí me parecen unos vividores como muchos otros que montan sus sectas religiosas o sus negocios para los imbéciles, para los débiles de carácter, en este caso sado-masoquistas, gente que en la vida normal no encuentra las satisfacciones que desea.
—¿Por qué has entrado entonces? —le preguntó Maragda.
—Primero, porque podía constituir un espectáculo tan estrafalario como divertido, y espero que muchos lo verán de la misma manera, y segundo porque tú has entrado.
Maragda sonrió, las palabras de Alain la halagaron. De pronto, descubrió que Polack la estaba mirando.
Sus ojos se encontraron y !a joven le pareció que aquel hombre tenía un inusitado poder en sus ojos.
—Creo que el espectáculo está ya a la baja —opinó Alain.
—¿Quién me podría informar sobre Polack? —preguntó Maragda.
—Si tanto te empeñas, yo buscaré información.
—¿Tú? —Maragda lo miró muy sorprendida.
—Sí, dame tu teléfono.
Un tanto perpleja, la joven se lo dio. El lo anotó con un bolígrafo y se lo guardó. Después, se levantó de la mesa. Se fue a otra donde una mujer morena, de impresionante aspecto según los deseos masculinos, recibió a Alain muy efusiva. Se besaron ante la sorpresa de Maragda y Simone. Esta última comentó:
—Y parecía modosito...
—¿Quién es ella?
—No lo sé —respondió Simone—. Quizás una bruja de fama.
Un grupo de diablos y diablesas se metieron entre las mesas bailando, corriendo, hasta el punto de que en un momento dado, Simone y Maragda se vieron rodeadas de máscaras que gritaban.
—Maragda, será mejor que nos vayamos de este aquelarre o vamos a terminar mal.
—Tienes razón, será mejor que nos vayamos —aceptó Maragda, viendo que en mesas y sofás se perdían totalmente las inhibiciones y

se llevaban a cabo actuaciones que podían ser constitutivas de escándalo público si entraba la policía.
Con dificultades, las dos muchachas abandonaron el club nocturno que se había llenado de gritos y risas.
—Alain se ha quedado dentro —observó Maragda.
—Se estará divirtiendo con su bruja. Ha sido verdaderamente divertido, ¿eh?
Maragda no estaba nada segura de que lo que había visto fuera divertido. Recordaba a Brigitte, su tétrico y nauseabundo aspecto, y el nombre de Beli Polack.

CAPITULO IV

Aquella tarde de trabajo en la inmobiliaria le resultó larga y pesada. Se había visto obligada a atender muchas llamadas telefónicas y en la mayor parte de ellas, se encontró con objeciones y protestas que la pusieron al borde de la irritación en varias ocasiones.
A la salida se encontró conque Alain la esperaba. Aquello le produjo una cierta alegría.
—Hola, ¿cómo has sabido que ibas a encontrarme aquí y a esta hora?

—No es ningún secreto, me lo ha dicho Aurore.

—Así que Aurore es la chivata. Pues, muy bien, ahora me iba a cenar a un self Service y luego, a casa.

—Te invito yo.
—¿A qué, a ver tu apartamento? —preguntó con malicia.

—No estoy tratando de seducirte, por lo menos esta noche. Podemos cenar juntos y luego te mostraré algo en lo que yo sé que estás interesada.
—¿Una sorpresa?
—Quizás.

—Entonces, de acuerdo.

Cenaron en el self Service más próximo, quizás podía decirse que se alimentaron por veinticinco francos cada uno. Luego, Alain le propuso:
—Ahora iremos en moto.
—Si tengo mi coche.

—Seguro que no sabes ni donde lo tienes aparcado.
—Creo que conseguiré encontrarlo —bromeó ella.

—No te preocupes, luego te volveré a tu coche y con él podrás regresar a tu apartamento. Ahora vamos en mi Suzuki, tengo un casco para ti.

Con el casco puesto, Maragda se sintió muy protegida. Subió a horcajadas tras Alain y lo cogió por la cintura. Se apretó contra él y la sensación le agradó.

—No te sueltes —pidió el hombre.

Alain puso la motocicleta en marcha. Apenas hacia ruido; sin embargo, entre las piernas se notaba el suave petardeo. Saltaron al asfalto y se mezclaron entre los coches.

Alain conducía la potente máquina con habilidad y finura. Sin correr riesgos innecesarios, adelantaba a los coches sorteándolos.

Maragda experimentó sensaciones distintas a las que había sentido hasta aquel momento. No era lo mismo viajar en su cochecito, bien protegida, que en aquella máquina que aceleraba con tanta rapidez.

Pasaron al periférico para escapar de París, pero la gran ciudad, patria y guarida de muchos intelectuales y artistas, no parecía acabarse nunca. Sin embargo, las edificaciones empezaron a menudear.

Una carretera poco transitada junto a la cual crecía la hierba en abundancia y donde la humedad parecía enseñorearse de todo, era el cordón umbilical que alimentaba a una serie de mansiones que se alzaban a derecha e izquierda, algunos de ellas escondidas entre el espeso arbolado de sus jardines privados. Muros de piedra, rejas y alambradas las

aislaban todavía más.

Posiblemente, los moradores de aquellas mansiones se hallaban tan encastillados que ignoraban quiénes eran sus vecinos más próximos.

Alain detuvo al fin la Suzuki, estacionándose encima de la hierba. Se quitó el casco y preguntó:
—¿Has viajado bien?
—Sí, mucho, es emocionantes, pero ¿y si llueve?

—Si no llevas ropas impermeables, te mojas, esto no es un coche, pero como tú has dicho, es emocionante.
—¿Por qué me has traído aquí? Apenas se ve nada.

—Gracias a que tenemos una buena luna se ve algo, claro que hubiera sido mejor llegar de día. —Se volvió hacia una de las edificaciones que asomaban entre el arbolado—. ¿Lo ves?

—Sí, parece un castillito.

—Sí, no llega a castillo porque sus dimensiones son reducidas. Es la morada de alguien caprichoso. Gran parte de su fachada está forrada de mármol negro, es muy bonito aunque algo siniestro y debe costar mucho dinero. ¿Sabes cómo se llama?

—
No.
Chatelet
Noir.
—Ya, Castillito Negro, es lógico.
—¿Sabes quién vive dentro?

—No.
—Beli Polack.

—¿Polack?

El rostro femenino se demudó. Recordó a su amiga moribunda que era la imagen de un cadáver en descomposición y que trabajosamente había articulado el nombre de Beli Polack.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó en voz baja, sin apartar su mirada del castillo que quedaba a contraluz por que la luna se hallaba tras él.
—Me lo contó una amiga.

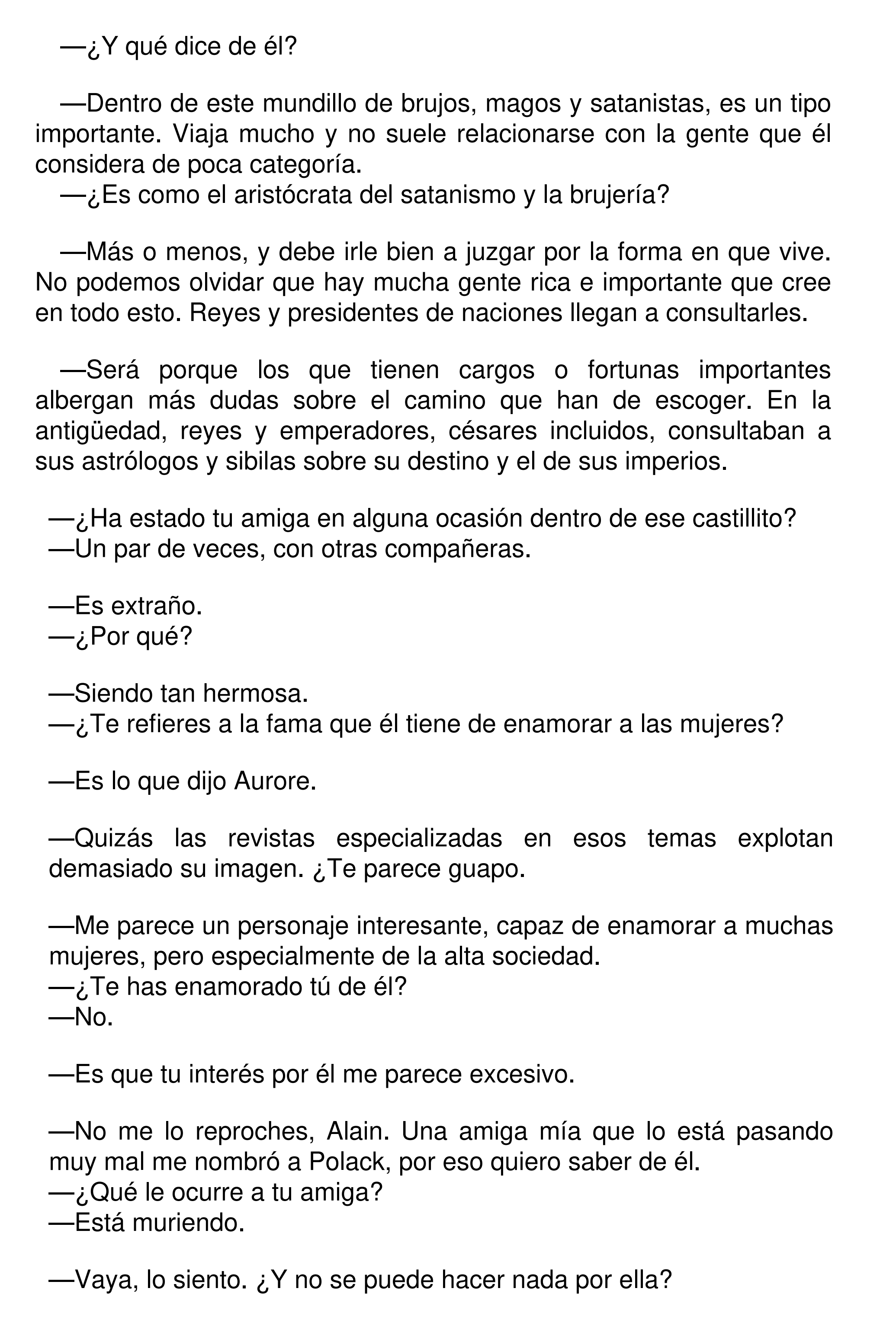
Recordó la boda bruja y también que Alain se había quedado allí con una exuberante mujer de cabellos negros.

—No te entiendo, Alain. Dices que no crees en magias y brujerías y sin embargo conoces a esa clase de gente.

—Mi amiga Diana estaba metida en este rollo por que empezó como modelo para cierta clase de fotografías. Luego, hizo algunos filmes sado-masoquistas, por no y satanistas y se aficionó a estas cosas. Conoció a gente y ella misma se interesó por el tarot y los horóscopos. Ahora se gana la vida con los incautos que acuden a consultarla.

—¿Y ella no cree en nada de todo esto? —inquirió Maragda, extrañada.

—No, no cree, pero se guarda mucho de decirlo para no perder algunas de sus amistades que le son beneficiosas dentro de esta profesión de maga cartomántica y astróloga que ha escogido.



—¿Conoce a Polack?
—Sí.

—¿Y qué dice de él?

—Dentro de este mundillo de brujos, magos y satanistas, es un tipo importante. Viaja mucho y no suele relacionarse con la gente que él considera de poca categoría.
—¿Es como el aristócrata del satanismo y la brujería?

—Más o menos, y debe irle bien a juzgar por la forma en que vive. No podemos olvidar que hay mucha gente rica e importante que cree en todo esto. Reyes y presidentes de naciones llegan a consultarles.

—Será porque los que tienen cargos o fortunas importantes albergan más dudas sobre el camino que han de escoger. En la antigüedad, reyes y emperadores, césares incluidos, consultaban a sus astrólogos y sibilas sobre su destino y el de sus imperios.

—¿Ha estado tu amiga en alguna ocasión dentro de ese castillito?
—Un par de veces, con otras compañeras.

—Es extraño.
—¿Por qué?

—Siendo tan hermosa.
—¿Te refieres a la fama que él tiene de enamorar a las mujeres?

—Es lo que dijo Aurore.

—Quizás las revistas especializadas en esos temas explotan demasiado su imagen. ¿Te parece guapo.

—Me parece un personaje interesante, capaz de enamorar a muchas mujeres, pero especialmente de la alta sociedad.
—¿Te has enamorado tú de él?
—No.

—Es que tu interés por él me parece excesivo.

—No me lo reproches, Alain. Una amiga mía que lo está pasando muy mal me nombró a Polack, por eso quiero saber de él.
—¿Qué le ocurre a tu amiga?
—Está muriendo.

—Vaya, lo siento. ¿Y no se puede hacer nada por ella?

—Nada, la medicina la ha desahuciado. Está recluida en un horrible lugar.

—¿Crees que Polack puede encontrar solución para ella?

—No lo sé. Siempre se habla de curaciones milagrosas y además de la magia negra existe la magia blanca.
—Maragda, me da pena que llegues a creer en ese cuento del poder de las magias.
—¿Habla el médico? —preguntó irónica y algo molesta.

—Si existe alguna curación milagrosa, sea en magia blanca o negra o misticismo religioso, no es más que el resultado de una auto-curación por medios psíquicos. Poseemos más recursos mentales de los que creemos y muchos de estos recursos los empleamos de forma inconsciente en determinadas circunstancias, sobre todo el momentos de gran emotividad.

—Eres muy frío en tus apreciaciones.

—Quizá, por eso no me dejo engañar.
—No sé si con el tiempo te vas a convertir en un pesimista o en un cínico.

—Yo tampoco lo sé, pero preferiría ser un optimista.

—Pues, serás un optimista muy paradójico. Alain prendió fuego a un cigarrillo.

—Sé que no es bueno fumar —dijo—, pero tampoco estoy tan seguro de mí mismo como para no importarme qué hacer con mis manos cuando se produce un silencio.

—Creo que me estoy portando mal contigo, Alain, la preocupación que siento por el estado de mi amiga me hace mostrarme antipática contigo. Dije que quería saber de Bili Polack y tú has averiguado lo que has podido sobre él y me has traído hasta las puertas de su castillo.

—No te pongas así, mujer. Tenemos opiniones distintas sobre un mismo tema, pero eso no es grave, creo que podemos coincidir en muchas otras cosas. Si crees que tu amiga se puede curar por el

sistema de la magia, inténtalo, nunca se sabe. Quizás ella se motive mucho emocionalmente y llegue a forzar su cerebro para conseguir su auto-curación.

Se levantó de puntillas y besó las mejillas del joven médico.

—Gracias por entenderlo, me caes muy bien, Alain. No me tomes por una histérica supersticiosa, pero tengo que confesarte que estoy terriblemente impresiona da por la situación de mi amiga y ahora, no me pidas que te cuente detalles porque esta noche no podría dormir.

—Creo que nos hemos sincerado un poco —opinó Alain—. ¿Vienes a que te enseñe mi apartamento?
—Gracias, otro día, aún no estoy decidida.

Cubrieron sus cabezas con los respectivos cascos de motoristas y con el leve y suave ruido del motor de la Suzuki, dieron media vuelta e iniciaron el regreso hacia París.

CAPITULO V

El apartamento que Diana tenía en alquiler se ubicaba en un edificio antiguo y señorial de la rué Babylonne.

Cada una de las grandes viviendas originales había sido convertida en tres o cuatro apartamentos con el confort moderno que se requería. Instalaciones eléctricas perfectas y una excelente calefacción. Los techos habían sido bajados, colocando molduras de yeso forra das en su interior con la fibra de vidrio que aislaba los apartamentos, convirtiéndolos en altamente silenciosos e íntimos.

Diana lo había decorado con cierta extravagancia.

Había instalado luces especiales, poseía una bola de cristal rojo y una mesa redonda cubierta con un largo tapete de terciopelo también rojo.

Cubría su cabeza con un pañuelo dorado y se cruzaba la frente con una cinta negra de la que pendían pequeñas monedas de oro, mientras la espesa cabellera oscura caía sobre sus hombros y espalda.

Fumaba con displicencia mientras escrutaba a Maragda como buscando sus virtudes y defectos.

—De modo que quieres conocer a Beli Polack.

—Así es —respondió lacónica, sentada en la butaca, sin querer dejarse influir por los amuletos, fetiches, estatuillas, escritos y dibujos esotéricos que constituían la decoración de la sala en la que Diana debía recibir a sus clientes.

Alain le había contado que aquella mujer no era otra cosa que una embaucadora. No creía en lo que hacía y no tenía otra intención que sacarle el dinero a quienes se acercaban a su apartamento. Eso sí, debía ser buena psicóloga para poder llevar a sus clientes por donde mejor le conviniera.

—Alain me ha dicho que tienes mucho interés en Polack.

—Más o menos.

Aspiró del cigarrillo con fuerza, sin dejar de observar a Maragda con excesiva atención. Preparó un par de combinados a base de Ricard y luego preguntó:

—¿Conoces mucho a Alain?

—Lo suficiente para que me caiga bien.

—Alain está pasando últimamente una depre, pero saldrá de ella. Al final será un hombre que valdrá mucho.

—Estoy segura de ello.

—Ya sabrás que Polack es un personaje un poco especial.

—Lo supongo.

—Muchas mujeres se enamoran de él y se le acercan para conseguir conquistarlo.

—Eso he oído.

—¿Tú eres de esas?
—No.
—De todos modos, si te acercas a él corres el riesgo de enamorarte.
—¿Te has enamorado tú de él?
—No creo que te interese mi opinión.
—Sí, ¿por qué no?
—Pues bien, si él se hubiera fijado en mí, yo no habría puesto muchos reparos.
—Ese hombre debe ser importante en cualquier parte del mundo.
—Así es, atiende a gente importante. Polack tiene poderes, no se sabe exactamente cuáles son, pero los tiene. Ya sabrás que hay personas que psíquicamente tienen más poder que la mayoría y no estoy hablando de esos que doblan cucharillas por la televisión.
—¿Qué clase de poderes tiene?
—No lo sé con exactitud, él no es un charlatán de feria y no alardea de ellos. Polack desciende de una familia importante de un país del Este al que, como es lógico, no puede regresar, por eso vive en occidente. Pasa mucho tiempo en los Estados Unidos, pero tiene su residencia aquí.
—Sí, su pequeño castillo de mármol negro.
—Es una maravilla, una joya, pero no creas que allí recibe a cualquiera. Beli Polack es un hombre muy selectivo. Yo misma no puedo ir a visitarlo cuando deseo hacerlo.
—¿Se considera una especie de ser superior?
—Sí, ya ves que te respondo rotundamente, se considera superior, pero supongo que también tendrá sus debilidades. Tú eres joven y muy bonita, y me parece que nada contaminada por drogas ni nada que se le parezca.
—No voy a tratar de que se fije en mí, sólo pretendo conocerlo.
—¿Te has planteado dedicarte a la brujería?
—No, qué horror, claro que no.
—¿Crees en la existencia de las brujas?
—Sé que quemaron a muchas, pero yo no creo que las brujas hubieran hecho nada de lo que se las acusaba.
—Hay muchas brujas ahora.
—Sí, porque lo encuentran divertido, excitante.
—Y porque es la forma de ganarse algún dinero. A las chicas que se ofrecen para participar en ceremonias satánicas se les paga bien.
—Conmigo que no cuenten.
—No, si no es nada importante, son utilizadas como altares en las misas negras o las ofrecen a Satanás.
—No me interesa. Supongo que algunos aburridos participarán en esa clase de rituales, pero también imagino que hay fanáticos obsesos y locos que pueden cometer cualquier barbaridad, como la

de sacrificar a la chica que se preste a ser utilizada en una ceremonia de esas por unos francos.

—Sí, todo puede ocurrir. Yo te lo he dicho por si lo que te interesaba era ganar unos francos.

—No, no es eso lo que busco.

—Bien, haré lo que pueda para contactar con Polack. Todos los de la profesión nos intercomunicamos. Tú eres una desconocida para mí, pero Alain me ha pedido que te ayude.

—De antemano gracias por tu colaboración. No pienso sacar ni un franco de todo esto ni, por supuesto, enamorar a Beli Polack. Alain me cae mucho mejor.

—Alain y Polack son hombres muy diferentes. —Diana bebió y siguió fumando. Había un algo de resignación en su actitud—. ¿Crees que soy una mujer hermosa? —inquirió, de súbito.

—Sí, claro. ¿A qué viene esa pregunta?

—Alain se me escurre de entre los dedos y Polack, bueno, para él soy poca cosa, una advenediza en la profesión, una especie de zorra que sabe aprovecharse de los incautos y que para sus fines utiliza su belleza y el sexy de su exuberante cuerpo, y lo malo es que tiene razón.

—Eres muy dura contigo misma.

—Bah, tengo algunos años más que tú y veo las cosas como son en realidad. Hay que ganarse la vida y yo me la gano de esta manera. Hay mucha competencia en esto de la brujería y las mancias, pero me defiendo bien. A veces, tengo que acostarme con algún periodista o el director de alguna revista para que hablen de mí. Sé que pensarás que eso es prostituirse.

—Yo no pienso nada —se apresuró a decir Maragda.

—No vas a engañarme, palomita. Después de todo, muchas mujeres supuestamente honradas también se prostituyen al casarse con hombres a los que no aman con tal de obtener la situación social de «casadas». Este mundo es una mierda, pero tú me caes bien y voy a ayudarte. No sé qué es lo que te propones, pero te ayudaré.

Maragda quedó convencida de que aquella mujer no le mentía y decidió confiar en ella. Aún no sabía qué era lo que iba a descubrir en Beli Polack. ¿Por qué Brigitte, en su lecho de agonía, lo había nombrado? Era preciso averiguarlo.

Se dirigió hacia la puerta, pero antes de que llegara, Diana, desde el sofá, la interpeló.

—Espera... —Maragda se volvió—. Como me da la impresión de que Alain te gusta, debo decirte que la otra noche, cuando en la fiesta de la boda-bruja se quedó conmigo...

—No es necesario que me cuentes nada, los dos sois libres.

—Yo, sí, pero él —sonrió, maliciosa—. No pude llevármelo adonde hubiera querido, tú ya imaginas.

Maragda sonrió suavemente.

—Gracias por decírmelo —musitó, antes de abandonar el apartamento.

CAPITULO VI

El cementerio parecía inmenso, lápidas a cientos, cruces a millares. La tierra estaba recubierta de sepulturas hasta la línea del horizonte donde un sol enrojecido se apagaba, dejando paso a las tinieblas que lo vencían. Era como hallarse en un mundo de muertos, sólo de muertos.

Maragda avanzaba como perdida entre las tumbas. Frente a ella, a los lados, a su espalda, Cipreses gigantes surgían de la tierra como enormes lanzas que pare cían querer clavarse en las nubes, hiriéndolas para que desparramasen su contenido sobre la tierra.

Sus grandes raíces debían ramificarse bajo la tierra tentacularmente, envolviendo los ataúdes para adueñarse de ellos.

¿Por qué estaba allí?

Avanzaba por los senderos entre las tumbas. Era un espectáculo que deprimía, un paisaje que oprimía los pulmones y el corazón hasta causar dolor.

Seguía caminando.

Se percató de que vestía una túnica que en principio le pareció como un sudario. Sus pies estaban desnudos y no llevaba encima nada más.

Sus cabellos rubio oscuros flotaban levemente sobre la espalda, y no podía decirse que hiciera viento. De entre algunas tumbas, a su derecha e izquierda, del suelo, comenzó a surgir una niebla espesa.

—He de salir de aquí —se dijo entre dientes—. He de encontrar la salida.

Aceleró el paso en busca del muro que pudiera marcarle un camino a seguir, pero no lo encontraba y el sol desaparecía por segundos. La oscuridad pronto sería una venda sobre sus ojos que la obligarían a permanecer quieta, como una estatua más del cementerio, o a correr tropezando con lápidas y cruces.

Tenía miedo, mucho miedo, pero no quería gritarlo, lo contenía apretando los dientes.

Acelerar el paso hasta casi correr no la llevó a la salida de aquel recinto en el que se hallaba sin saber por qué.

Cuando ya parecía que iba a quedarse en la oscuridad de la noche, perdida en el inmenso cementerio que además parecía un tétrico laberinto, se detuvo sin aliento y lo hizo frente a una lápida que era más blanca que las otras.

Fijó su mirada en la tumba y leyó el nombre cincelado en la piedra.

—Brigitte...

Quedó sorprendida ante el descubrimiento. De pronto y debido a que iba descalza, sus pies comenzaron a captar algo, como unas

vibraciones, como si alguien golpeara bajo la tierra.

—No, no puede ser...

La tierra semejó abrirse. Maragda intentó retroceder, pero los pies no la obedecieron, era como si se hubiera quedado clavada en aquel lugar de muerte. La tierra se rajó aún más y apareció el horrible cadáver de una mujer rubia, un cadáver en descomposición.

—Maragda... —interpeló aquel ser con voz oscura.

—¡Nooo, noooo! —gritó Maragda, llevándose las manos al rostro, incapaz de soportar
la terrible visión.

La mujer cuyo rostro no tenía ojos ni labios, alzó los brazos. Sus manos agusanadas se tendieron hacia ella.

—Maragda...

Las manos que acababan de surgir de la sucia y hedionda tierra avanzaban hacia Maragda y ella no podía escapar. Aquellas manos que estaban a punto de tocarla, de cogerla, la aterrorizaban. Eran manos corruptas, manos de cadáver.

—Maragda... ahora te... toca a ti...

Y las manos se posaron sobre sus pechos.

—¡Noooo! —gritó despavorida.

Despertó jadeante, todo su cuerpo estaba empapado en un sudor frío, mientras sus pulmones buscaban mucho aire para su cerebro torturado. Se sentó sobre la cama.

La luz de la calle entraba por la ventana. Tenía miedo, sus manos temblaban. Había sido víctima de una desagradable y reiterada pesadilla. La visita que hiciera a Brigitte en la residencia de Fontnoire la había impresionado profundamente, tanto que ya no podría olvidarla el resto de su vida.

El timbre del teléfono la sobresaltó aún más. Miró el aparato que tenía sobre la mesita de noche con rechazo, pero seguía sonando y terminó por alargar su mano y descolgarlo.

—¿Diga?

Oyó una voz oscura, irreconocible, que alargaba las palabras.

—Marag...da... estoy... muerta...

Instintivamente, apartó el auricular de su oído. Lo miró con miedo y preguntó después:

—¿Qué broma es esta?

La respuesta fue un pitido, la conversación se había cortado. Colgó el teléfono y en la soledad de su cama, se estremeció de terror. La voz que acababa de oír se parecía demasiado a la de la pesadilla.

Encendió el transistor y buscó una música alegre que rompiera su penoso estado anímico. Oír canciones modernas era como ahuyentar el miedo; sin embargo, éste se había metido dentro de ella, había anidado en sus vísceras, en el tuétano de sus huesos, en los pliegues

más recónditos de su cerebro. Todo no era una simple pesadilla.

Maragda había visto a su amiga en la vida real lo mismo que en la pesadilla, y el telefonazo que parecía haber enlazado con su macabro sueño tampoco había sido fruto de su mente, salvo que se estuviera volviendo loca.

Tuvo un deseo frenético de hablar con alguien. Un contacto humano, aunque sólo fuera a través de la voz, la tranquilizaría.

Se enfrentó al teléfono y discó el número de una de sus amigas. Esperó a que la llamada se repitiera y tuvo la impresión de que no había nadie al otro lado del hilo, pero al fin, descolgaron.

—¿Diga?

—¿Simone?

—Hola, Maragda, precisamente quería llamarte. Maragda tuvo una sospecha y preguntó:

—No habrás sido tú la que ha llamado hace un momento, ¿verdad?

—¿Yo? Pero, ¿sabes qué hora es? Bueno, Maragda, tengo prisa, me esperan. Ya te contaré, seguro que te va a sorprender mucho.

Maragda miró la hora en el reloj luminoso que tenía sobre la mesita de noche. Eran las dos de la madrugada.

—¿Vas a salir ahora? —se asombró.

—Sí, es muy emocionante, ya te contaré. Va a sor prenderte mucho, pero mañana te lo explico, ahora ten go prisa, adiós.

Maragda se quedó con el teléfono en la mano. La comunicación se había cortado. Simone acababa de marcharse, pero ¿adónde?

Aún no se había recuperado de la pesadilla y las palabras de Simone la desconcertaron, y quedaba por esclarecer el enigma de la desagradable llamada recibida.

Necesitaba comunicarse con alguien que pudiera atenderla, alguien que no llegase a decirle que estaba loca. Por ello, volvió a discar números en el aparato.

—¿Quién coño llama a estas horas? —inquirió una voz masculina, algo ronca y evidentemente molesta.

—Alain, soy Maragda.

—Ah, Maragda... Disculpa, estaba dormido y como de cuando en cuando hay algún bromista o alguien que se equivoca. ¿Ocurre algo?

Maragda vaciló. ¿Le tenía suficiente confianza a Alain como para poder exponerle lo que la inquietaba? Fue una pregunta muy rápida que se hizo y la respuesta fue «sí».

—He tenido una pesadilla y necesitaba hablar con alguien, por eso te he llamado.

—Gracias.

—¿Por qué?
—Por haberme llamado a mí para que te tranquilizara.
—Es que algunas pesadillas adquieren... No sé cómo explicártelo. —Se estiró en la cama boca arriba manteniendo el auricular pegado a su oído. Fue una acción casi voluptuosa—. ¿No te ha pasado nunca que no sabes dónde termina la pesadilla y dónde comienza la realidad?
—A mí, no, pero sé que en ocasiones ocurre. Como bromeando, Maragda preguntó entonces:
—¿Y a quien le sucede como a mí está ya al borde de la locura, doctor?
—No creo que estés al borde de la locura, pero si quieres pasarte por mi consulta, te daré un repaso.
—Hum, es una propuesta tentadora, pero me da la impresión de que tendría que hacer mucha cola, la consulta estará llena.
—No creas, en este momento puedo atenderte con plena eficiencia e interés, Si quieres, voy a recogerte con mi ambulancia de dos ruedas.
—¿Estás solo en tu apartamento?
—Ya sabes que sí.
—Podrías estar acompañado de alguna paciente, joven y femenina.
—No, no tengo ninguna chica a mi lado, puedo jurártelo, pero me gustaría más que vinieses a comprobarlo por ti misma.
—Gracias, Alain, pero creo en tu palabra.
—Ahora, hablemos en serio. ¿Tienes algún problema grave? Si puedo ayudarte, cuenta conmigo.
—¿Recuerdas que te hablé de mi amiga enferma?
—Sí. ¿Has soñado con ella?
—Sí.
—¿Que está muerta?
—¿Cómo lo sabes?
—Es un sueño bastante frecuente, debió impresionarte mucho. No obstante, soñar con la muerte también significa cambio, no necesariamente la muerte en sí misma.
—Es que ha sido horrible.
—Mejor no me lo cuentes ahora, no es bueno que insistas en retener esa pesadilla en tu mente si has de seguir estando sola durante toda la noche. Si lo deseas, puedo venir a hacerte compañía.
—Estarás pensando que te estoy ofreciendo una situación fácil.
—No temas, no vendré con intenciones sexuales. Si quieres ponerte el cinturón de castidad para estar a salvo de mí, puedes hacerlo. Prepárame una copa, oiremos música y hablaremos de

literatura, de filosofía, hasta de medicina si te apetece, de lo que tú prefieras.

Maragda miró en torno suyo. Pensó que toda su tranquilidad llegaba a través del hilo telefónico y que cuando colgara el aparato volvería a sentir miedo.

—Ven, Alain, te ofreceré una copa —musitó.

CAPITULO VII

Cuando Maragda despertó, su olfato le advirtió de que le llegaban efluvios de jamón frito. Parpadeó, trató de recordar, tenía la mente confusa. Oyó silbar.
Tomó su bata, se cubrió con ella y, en zapatillas, fue hasta la pequeña cocina.
—Buenos días, aunque casi debería decirte buenas tardes.
—¡Alain!
—¿Te sorprendes?
—Uf, qué cabeza...
—Estuvimos tomando un par de copas y hablando mucho. Te hice tomar un par de pastillas y te dormiste. Palabra que no ha sucedido nada de lo que puedas avergonzarte.
—Tonto... ¿Qué estás haciendo?
—Algo de comida, y será mejor que lo que puedas tomar en el self Service.
—Eres una joya. Voy a darme un duchazo para despejarme.
Después de la ducha, se sentó a la mesa. Alain había preparado un almuerzo de circunstancias con lo que había encontrado en el frigorífico.
—Estoy segura de que eres un hombre que sale bien
de cualquier aprieto. Tras la comida, Alain le preguntó
sonriente:
—¿Te encuentras bien ahora?
—Sí, he perdido una mañana de clase por dormirme.
—No creo que esa pérdida sea fundamental, seguro que recuperarás.
—Sí, seguro. Aunque tú mismo no te lo creas, eres un hombre muy animoso. Serás una excelente pareja para la chica que tenga la suerte de vivir contigo.
—Podrías ser tú esa chica.
—¿Yo?
—Sí, tú. Si quieres, a partir de ahora mismo ya no tendrías que pagar el alquiler de este apartamento.
—¿Y dónde viviría?
—En el mío, que es de propiedad.
—Vas muy rápido, Alain.
—Las buenas oportunidades hay que cogerlas y sujetarlas por los pelos para que no escapen. —La cogió cariñosamente por los cabellos y añadió—: Tú eres la mejor oportunidad que ha surgido en mi vida.
—Yo soy muy recelosa en esto del amor, Alain. Vivo bien sola.
—¿Estás segura?
—No te aproveches ahora que he necesitado de tu ayuda.

—Todos necesitamos ayuda, la soledad es mala. Mira, creo que como pareja funcionaríamos bien, hasta me darías ánimos para enfrentarme a la vida profesional. Ya sabes que soy un médico en el paro, un médico sin pacientes.
—Porque no te has enfrentado bien a tu situación.
—Es posible, tú podrías ayudarme.
—Eres un gran tipo, Alain, pero no me acorrales, deja que lo piense.
—¿Cuánto tiempo?
—No lo sé.
—Pues yo necesito una respuesta.
—Cuando la sepa, te lo diré.
—De acuerdo, seré paciente —suspiró.
—Mientras tanto puedes irte buscando un hospital o una clínica privada para empezar a trabajar.
—Las mujeres tenéis la manía fija de hacer trabajar al hombre. De todos modos, puede que lo intente.
Maragda lo besó en la boca pero sin profundidad, sin entregarse a sus brazos. Después, con los ojos más brillantes, le dijo:
—Tenía miedo y tú me lo has quitado. Ahora me siento mucho mejor y capaz de enfrentarme a cualquier cosa. Creo que me has hecho ver las cosas de diferente manera.
—Pues, no he venido a tu apartamento con ese propósito.
—Ya tendremos tiempo para hablar, ahora he de salir de viaje.
—¿De viaje? No sabía nada.
—Voy a ver a mi amiga.
—¿La que está enferma?
—Sí.
—¿Está lejos?
—A unos trescientos kilómetros.
—¿Te apetece ir en moto?
Maragda sonrió y después dijo:
—Es más incómoda que el coche.
—Pero, conduciré yo. Será una experiencia para ti y te prometo no ponerme pesado.
—De acuerdo. Si vas a ser bueno, iremos en tu moto —aceptó Maragda, en el fondo más contenta de viajar acompañada que sola.
No quería ver a Brigitte físicamente, pero sí saber de ella.
Brigitte se había convertido en una implacable obsesión para Maragda y siempre sería mejor ir acompaña da de Alain que de Simone, la

joven que le había dicho que tenía algo importante que contarle.
Maragda sintió el vértigo de la velocidad. Se sujetó bien a la espalda de Alain, mientras éste mantenía una velocidad alta en su Suzuki.
Cuando llegaron a Fontnoire, Alain se quejó del mal camino que unía aquel refugio de moribundos con la aldea.
—Sí, yo también tuve dificultades con mi coche.
Alain dio una ojeada al edificio y después opinó:
—Me parece muy tétrico y siniestro.
—A mí también —dudó unos instantes y al fin, explicó—: Aquí cuidan a personas moribundas, personas que la medicina ya ha desahuciado, gentes sin re medio ante una muerte próxima. Por acudir, han acudido ya a los santuarios milagrosos.
—Un lugar triste, pero como médico me gustará ver lo. Será una experiencia profesional que no me quiero perder.
—Entonces, entra conmigo.
La puerta estaba abierta, abierta a todos, incluso a la muerte, aunque a ella no había
puertas que pudiera impedirle el paso.
Había poca luz, pero Maragda ya conocía el lugar. De pronto, se dibujó una silueta entre las sombras. Maragda se percató de que no era Pierre ni su esposa.
—¿Dónde están Pierre y Berta? —preguntó abiertamente.
Con voz lenta, casi ininteligible, aquel hombre que iba abrigado con una gruesa bata de lana, dijo:
—Están en el pabellón. Ayer noche vinieron más perros que nunca.
—Gracias, iremos allá. Ven, Alain, yo sé dónde está.
Dejaron a aquel hombre que esperaba a la muerte pero que aún podía tenerse en pie. Maragda condujo a Alain a través de la cocina. El joven médico opinó:
—Esto es muy triste y lúgubre.
—Sí, pero ¿cómo va a ser, si esta es la casa de la muerte?
Salieron por la puerta de la cocina y avanzaron por el sendero. Maragda recordaba aquel lugar con niebla y también con el propio espanto. Sus pasos se hicieron más lentos, como si temiera llegar al pabellón que estaba aparte de la casa, como para cobijar a quienes se deseara mantener alejados por alguna causa.
—Podían haber buscado un sitio más alegre para esta misión de cuidar moribundos.
—Opino como tú, pero imagino que esto les ha salido más barato, o quizás lo han heredado de la familia y con poca inversión lo sacan adelante. No cobran mucho por paciente. Si lo hicieran, quizás tendrían menos moribundos que cuidar.

El Land Rover estaba allí con las puertas posteriores abiertas. Pasaron junto al vehículo todo terreno y entraron en el pequeño pabellón cuya puerta estaba abierta.
—Qué olor más horrible —se quejó Alain.
—
Es
ella.
-
¿Ella?
Escucharon voces. Al entrar, sobre dos sillas colocadas adecuadamente, vieron un ataúd destapado. La tapa se hallaba contra la pared.
—Hola —saludó Berta.
La mujer se los quedó mirando y reconoció de inmediato a Maragda.
—Han venido. Pues, es una suerte, porque no ha venido ningún familiar de la chica.
—¿Ninguno? —se sorprendió Maragda.
—Así es, ninguno.
—¿Han avisado?
—Sí, hemos avisado a todas las direcciones que nos dieron. Por cierto, ¿a ti quién te avisó?
A Maragda se le atragantó la saliva en la garganta.
—La otra amiga que vino la vez anterior. Por cierto, mi compañero es médico.
—Ah, mucho gusto, doctor.
—¿Podría dar un vistazo al cadáver?
—No se lo aconsejo, pero si quiere, aquí no ocultamos nada. Pierre, este joven es médico.
—¿Sí?
Entraron en la horrible alcoba. Maragda prefirió quedarse afuera.
—¿Quién lo envía? —preguntó Pierre.
—He venido acompañando a una amiga.
—¿Puede mostrarme su documentación de médico? —pidió Pierre receloso.
—Oh, sí, claro, ¿por qué no?
Le mostró su documentación. Pierre asintió y luego señaló el cadáver.
—Vamos a llevarla al cementerio ahora mismo.
Alain quedó sorprendidísimo ante lo que vio. Quedó mudo por unos instantes y no tuvo deseos de acercarse. Salió de la estancia incapaz de soportar el hedor a muerte y después, preguntó:
—Pero, ¿cómo no la enterraron antes?
—Porque murió ayer —respondió Pierre.
—¿Ayer? Imposible. Por lo menos hace tres meses que está muerta

a juzgar por su aspecto y si me atreviera, diría que casi medio año.
—Pues no, doctor —lo corrigió Berta—. Murió ayer y, sorprendentemente para todos, tuvo fuerzas para salir del pabellón, caminar de noche por el sendero y llegar hasta la casa. Entró y la encontramos muerta junto al teléfono descolgado. Otra paciente que la vio se puso muy grave al verla con el aspecto que tiene, pero nadie la ayudó y estaba junto al teléfono.
Temblándole la voz, Maragda inquirió:
—¿El teléfono estaba descolgado?
—Sí, estaba caído como si no hubiera podido sostenerlo. La encontramos muerta junto al aparato.
—Muerta ya está desde hace tiempo. Lo que acabo de ver es horrible, no consta en ningún libro de medicina. Nadie puede soportar en vida una corrupción semejante.
—Hay muchas cosas que la medicina no comprende ni admite. Ustedes mismos los médicos, cuando un tratamiento les falla, alegan que en medicina dos y dos no son cuatro, y que no hay enfermedades sino enfermos; que cada enfermo soporta le enfermedad de distinta manera y reacciona a los tratamientos también de manera diferente.
—Quizás sí tenga razón. Después de todo, yo sólo tengo la teoría de la medicina, me hace falta la práctica, pero en la facultad nadie me habló nunca de que podría encontrarme a un ser vivo en tales circunstancias. ¿De qué enfermedad se trata?
—No se sabe. Maragda puntualizó:
—No es lepra.
—No sé qué será, parece toda putrefacta, huele a corrompida. Lo que cuentan los Evangelios sobre el mal olor de Lázaro no es nada, absolutamente nada, comparado con esto. Tendrían que avisar al catedrático de patología de la universidad.
—No hay tiempo. Además, no se entrega como sujeto de experimentación.
—¿Y quién ha firmado el acta de defunción? —inquirió Alain. Berta respondió:
—El médico local.
—Todo esto es muy extraño. Debería ser llevada a la facultad para averiguar de qué enfermedad se trata.
—Lo siento, nuestra obligación es darle tierra —dijo Pierre, inflexible.

—Es horrible —exclamó Maragda—. Es mejor darle sepultura y no convertir sus despojos en materia de experimentación.
—Su amiga tiene razón, doctor, mejor dejarla descansar en paz —dijo Berta.
—Oiga, si es médico, estará acostumbrado a los cadáveres, ¿no? —preguntó Pierre.
—Un poco, he estado en la sala de disecciones.
—Pues, ayúdeme a trasladar el cadáver al ataúd.
Maragda prefirió salir del pabellón, no podía soportar aquel mal olor. Alain se resignó y fue a ayudar a Pierre. Mientras, la joven respiró el aire del exterior. Pudo ver la doble hilera de álamos que unía el pabellón con el caserón. Aquel lugar le parecía muy triste, pero si miraba hacia atrás, hacia su amiga Brigitte, de jaba de ser triste para convertirse en espantoso.
Cuando oyó ruido de pasos, se volvió y vio como trasladaban el ataúd al Land Rover y lo introducían en él. Después, la portezuela se cerró y Pierre preguntó:
—Si quieren estar presentes en el entierro, sígannos hasta el cementerio. ¿Han venido en coche?
—En motocicleta, la tenemos a la entrada de la casa.
—Nosotros nos adelantaremos hasta el cementerio, es fácil encontrarlo.
Vieron como el gran jeep se alejaba, haciendo mucho ruido y dejando tras de sí un fuerte olor a gas-oil.
Alin confesó:
—No me esperaba una cosa así.
—¿Comprendes ahora por qué quería hablar con Beli Polack?
—¿Crees que ese mago o pseudomago hubiera podido hacer algo por esa chica?
—No lo sé, pero ella lo nombró.
—Quizás trató de decirte algo.
—¿El qué?
—No lo sé, no se me ocurre. Si explico esto en la facultad, nadie se lo va a creer. Esa muchacha no pudo morir ayer, hace meses que falleció, estaba totalmente corrompida.
—Cuando yo la vi, estaba ya corrompida pero vivía, me habló y me cogió con su mano la muñeca.
—Pues, no lo entiendo, está completamente agusanada.
—Sí, es horrible, horrible. Además, me llamó por teléfono, fue ella, ella, y me dijo que estaba muerta.
—Quizás quiso decirte que se sentía como muerta.
—No —rechazó Maragda—, dijo que estaba muerta.
—Salías de una pesadilla, ¿no es cierto?
—Sí —tuvo que admitir la joven.

Alain le pasó la mano por el hombro y sin querer entrar en más discusión, le dijo:
—Vamos, la acompañaremos hasta su última morada.
Llegaron a la casa. La rodearon para no tener que entrar y subieron sobre la potente Suzuki. Con ella, se acercaron al cementerio. El Land Rover estaba dentro.
Pierre los llamó:
—Echad una mano.
Las cuerdas ya estaban pasadas por debajo del féretro. Sólo había que levantarlo para
colocarlo sobre la fosa y luego, deslizarlo hacia el fondo lentamente.
Alain colaboró en la tarea hasta que el ataúd tocó el fondo de la tierra húmeda.
—¿No hay ningún sacerdote? —preguntó Maragda. Berta explicó:
—Ella no creía en nada.
—Pero, unas pocas palabras... —observó la joven.
Pierre, con impaciente sequedad, replicó:
—Las palabras no sirven para nada.
—Que Dios te ayude a descansar en paz y acoja tu alma como la tierra acoge tus despojos —dijo Alain en tono solemne.
—Así sea —respondió el lúgubre sepulturero que había cavado la fosa.
Las paladas de tierra comenzaron a caer sobre el ataúd, cubriéndolo e impidiendo ya para siempre que su nauseabundo olor pudiera molestar a los vivos.
Dentro de sí, Maragda sintió una honda tristeza, una gran soledad y un miedo indefinible, miedo a algo intangible. Era como si estuviera de pie sobre un suelo que no la iba a sostener y bajo ella amenazaban tinieblas ignotas y malignas.
—Vámonos, Alain, vámonos.

CAPITULO VIII

Sabía que no olvidaría jamás a su amiga Brigitte y cuando le había sucedido, su pavorosa muerte, su olvido de todo el mundo en un perdido cementerio cerca de la frontera, pero la vida seguía y Alain prometía ser el hombre que habría de hacerla feliz en una vida de pareja, aunque debido a los últimos acontecimientos, no se sentía muy dispuesta.

Deseaba paz, sosiego, tranquilizar su espíritu torturado. El propio Alain le había propuesto un viaje por Suiza los dos juntos.

Se hallaba inmersa en estos pensamientos, rechazando el estudio de los libros que tenía delante, cuando sonó el teléfono, sobresaltándola.

Lo observó unos momentos como no sabiendo qué hacer, como si fuera un objeto extraño a ella. Al fin, lo descolgó después de dejar que sonara en varias ocasiones.

—¿Diga?

—¿Eres Maragda?

—Sí, yo misma.

—Soy Diana, la amiga de Alain.

—Ah, sí.

—Disculpa que haya tardado unos días en llamarte.

—No tiene importancia —respondió Maragda, dubitativa.

—Me pediste un encuentro con Beli Polack.

Parecía que le hablaran de otro tiempo, de seres que había tratado de sepultar en su memoria; sin embargo, respondió:

—Sí, sí, claro.

—Me ha costado localizarlo, parece ser que ha estado viajando, aunque de Polack nunca se sabe, lo mismo está de incógnito en algún lugar cercano que invitado en cualquier castillo. Es un hombre muy importante, y los que tienen mucho dinero, aristócratas, re yes y príncipes, solicitan sus conjuros, aunque te puedas poner a reír.

—No, no me río.

—Mejor, porque ese hombre no admite que nadie se le ría. Mañana podrás verlo.

—¿Mañana?

—Sí, mañana, en una cena íntima en la Maison du Dragon. Estaré yo y también un par de periodistas. Le he dicho que tú querías iniciarte.

—¿Iniciarme, en qué? —preguntó, como si le hablaran de algo que no entendía.

—En la magia.

—Es que yo...

—No temas, no tienes que iniciarte en nada, es una forma para que puedas hablar con él. Cenaremos jun tos y le preguntas lo que

quieras, será tu oportunidad. Te prevengo que no es fácil acceder a él.

—Sí, lo comprendo —asintió.

Maragda hubiera querido decirle que ya no le interesaba hablar con Polack, que deseaba enterrar en el olvido a Brigitte y todo lo que le había ocurrido, no atormentarse más con aquellos malos recuerdos.

Preferiría olvidar a Brigitte como algo espantoso pero inevitable. La capacidad de olvido de los momentos horribles era una defensa de la mente contra la locura; sin embargo,
respondió:

—Sí, iré. ¿A qué hora?

—Bueno, no es exactamente una cena, sino una cena de medianoche.

—De acuerdo.

Concertaron la cita. Maragda ya no estaba segura de qué podía servirle si Brigitte había muerto, claro que si Beli Polack era tan importante dentro de! mundo de la magia y el esoterismo, quizás pudiera informarle respecto a la desconocida enfermedad que se había llevado a su amiga y a la que la ciencia oficial no había sabido hallar remedio ni siquiera explicación.

Cuando aquella misma tarde, ya cansada al salir de la oficina, se dirigió al pub donde solía reunirse con sus amigos, descubrió a Simone.

La miró perpleja. Algo instintivo, algo que nada tenía que ver con sus cinco sentidos, le advirtió que su amiga no era la misma.

—Maragda hace días que no nos vemos —exclamó Simone acercándose a ella para besarla en las mejillas.

Maragda sintió entonces un olor desagradable que emanaba de su amiga, un olor indescriptible aunque no muy fuerte. Sin embargo, evitó hacer ningún comentario.

Maragda pidió para beber un cointreau con soda y hielo. Simone parecía muy apagada pese a esforzarse en demostrar todo lo contrario.

—¿Te acuerdas cuando me llamaste por la noche?

—Sí, claro.

—Te dije que iba a un lugar que te sorprendería.

—Sí, lo recuerdo.

Simone suspiró y bebió coñac, bebida que no le había visto tomar con anterioridad. Fue entonces cuando se percató de que Simone había bebido en exceso, aunque no se podía decir que estuviera borracha.

La inquietud que sintió nada más encontrarse con Simone, no cesaba. Pese a la escasa luz del local, luz que además estaba coloreada por cristales verdes, azu
les y rojos, Maragda se daba cuenta de que Simone estaba muy

pálida, quizás azulada, pero aquel color podía achacarse a las malditas lámparas que todo lo distorsionaban.
—Me llamó una amiga de Alain, de tu hombre.
—¿Una amiga de Alain?
—Sí, Diana.
—Ah, ya.
—Me citó para conocer de cerca al mayor mago que se ha conocido en la historia de la magia.
—¿Polack?
—El mismo. ¿Verdad que era interesante?
—Sí, mucho. ¿Fuiste?
—Sí, me invitaron a cenar a un pequeño castillo que está forrado de mármol negro, una maravilla, chica.
—¿Cerca de París?
—Sí. ¿Has estado?
—Lo vi de lejos, en un paseo que di con Alain.
—Pues es una preciosidad. Ese hombre vive como los reyes y es un protegido de los dioses.
—¿De qué dioses?
—No lo sé, pero ¿qué importa?
Maragda quiso saber más, comenzaba a interesarle profundamente la historia de Simone. Ella misma había buscado la cita con Beli Polack y le había costado mucho conseguirla. En cambio, Simone, sin siquiera proponérselo, había estado ya en el Chatelet Noir, la residencia del misterioso Polack.
—Fui allí y me atendieron de maravilla. Tiene criados que parece orientales, pero no dijeron nada. Cenamos en un salón fastuoso, en la mesa había de todo y champagne del mejor, me gustó a rabiar.
Simone bebió más coñac. Maragda la observó preocupada.
—Fue fantástico. Creo que no asistiré jamás a una cena tan elegante como aquella. Yo llevaba ropa, bueno, ya puedes imaginarte, nada importante.
—¿Y qué sucedió luego?
—¿Luego? —Dudó como si no se acordara de nada—. Creo que me explicó historias maravillosas de Asia y de otros tiempos. Polack habla como si hubiera nacido antes que el mismísimo Moisés y jamás hubiera muerto.
—¿Te habló de la reencarnación?
—No lo sé, me contó muchas cosas, algunas creo que subidas de tono, pero comprenderás que yo ya no me ruborizo por nada a estas alturas de mi vida.
—Sí, claro.
—Polack tiene un feroz erotismo en su mirada, en su rostro, en sus manos. Te juro que cuando me miraba con intensidad, deseaba que

me hiciera el amor, lo deseaba furiosamente.
—¿Y qué más sucedió? —insistió Maragda.
—Pues, no sé, lo pasé muy bien, pero creo que bebí demasiado.
—¿Como ahora?
—¿Insinúas que estoy borrachas? —Se echó a reír, fue una risa nerviosa, histérica, que poco a poco se transformó en llanto.
—¿Qué más sucedió, Simone?
—No sé, ya te digo que no me acuerdo, no sé cómo acabó la fiesta.
Ahora, Simone lloraba. Maragda le pasó la mano por la espalda tratando de consolarla.
—¿Qué es lo que te ocurre?
—No lo sé, no me encuentro bien. Huelo mal, yo no me doy cuenta, pero me lo han dicho.
—Bueno, quizás yendo a un médico...
—He ido al médico y me ha dicho que tengo que hacerme muchos análisis, que mi aspecto es malo.
—¿Estás enferma?
—No lo sé, no lo sé. —Se encaró con su amiga y la cogió por los brazos—. Tengo miedo, Maragda, mucho miedo, por eso bebo.
—¿Miedo de qué?
—De que me suceda lo que a Brigitte.
Maragda experimentó una súbita sensación de horror. Quiso echarse hacia atrás, pero las manos pálidas y azuladas de Simine la sujetaban.
—No es posible. Tú ni siquiera la viste, no tuviste contacto con ella. Además, dijeron que su enfermedad no se contagiaba.
—No lo sé, Maragda, no lo sé, pero huelo mal. ¿Es que tú no te has dado cuenta? Huelo a cadáver. —Sollozó convulsivamente, apoyando sus brazos sobre la mesa y escondiendo el rostro entre ellos.
—Tranquilízate, puede que sólo sea una falsa alarma. Hablaré con Alain, él es médico, ya lo sabes.
—No pudieron hacer nada por Brigitte, nada. Tú te horrorizaste al verla y lo mismo te sucederá conmigo cuando la enfermedad avance.
—No digas tonterías.
—¿Me llevarás a Fontnoire?
—¿Qué dices?
Anegada en llanto, Simone confesó:
—No diré nada a mi familia, nada, pero creo que no resistiré, sé que no resistiré como Brigitte. Si me ha de ocurrir como a ella, antes prefiero morir, no quiero pudrirme en vida.
—No te sucederá tal cosa. Estás asustada porque estás bebida, si, has tomado demasiado coñac. No debes caer en las garras del alcohol ni de ninguna otra droga. Anda, vamos, te llevaré a mi

apartamento.

Simone se dejó llevar.

Cuando Maragda la instaló en el coche, se percató de que, efectivamente, su amiga olía a cadáver. Aquel olor la inquietó mucho y la obligó a abrir la ventanilla en busca de aire para evitar marearse.

La llevó al apartamento. La instaló en la cama, le preparó un vaso de leche y puso dentro de ella dos pastillas de somnífero. Simone era como una muñeca desmadejada y a la luz de la lámpara de la habitación, Maragda la vio aún más pálida, más azulada. Le dio miedo su aspecto y después de cerrar la puerta de la alcoba, telefoneó a Alain.

—Hola, ¿qué tal? ¿Has pensado en lo que te propuse?

—Alain, por favor, ven a mi apartamento.

—Inmediatamente —respondió él con voz alegre.

Maragda prefirió no decirle nada más. El joven se daría prisa en llegar y ella decidió esperar viendo la televisión con el sonido bajo para distraerse, para drogar su mente con las imágenes en movimiento.

No quería pensar en lo que estaba sucediendo. No cabía duda alguna de que Beli Polack tenía que ver con lo que le ocurría a Simone y, por tanto, él también tendría que ver con lo ocurrido a Brigitte.

Ahora adquiría sentido que Brigitte hubiera pronunciado el nombre del mago. ¿Qué habría hecho con las dos chicas aquel misterioso personaje?

Tal como había supuesto, Alain no tardó en llegar.

Maragda le abrió la puerta. Nada más verla, le cogió el rostro y la besó en los labios. Ella cerró la puerta con suavidad y participó en la caricia, pero antes de que pasara a otro tipo de efusiones, le pidió:

—Ven.

Le condujo hasta el dormitorio, abrió la puerta y le mostró la cama donde yacía su amiga.

—Ah, es Simone. Por cierto, qué mal huele.

—Huele a cadáver, ¿verdad?

—Pues, ahora que lo dices...

—Alain, es lo mismo que sucedió con Brigitte. Simone está muy asustada.

—Podríamos llevarla al hospital.

—De nada serviría, como de nada sirvió con Brigitte. Tratarían de convertirla en una cobaya de estudio.

—De todos modos, el estudio de tu amiga puede impedir que otras personas enfermen de lo mismo.

—Alain... —Se volvió hacia el sofá como si no se atreviera a mirarle al rostro y confesarle lo que pensaba—. Creo que no se trata de

ninguna enfermedad.

—¿Ah, no, qué es, entonces?

—No lo sé, pero de lo que sea, Beli Polack tiene la culpa.

—¿Magia negra?

—Llámalo como quieras. A veces nos sentimos avergonzados por creer en algo que no está de moda creer, pero los escépticos, esos que se burlan de la magia negra o sucesos similares, ¿qué harían a solas en un lugar mágico, en mitad de la noche, acosados por hechos extraños a los cuales la ciencia oficial no da explicación alguna?

—Admito que eso que dices es cierto, pero... Soy médico, me he doctorado en la facultad y tú me pides que crea en cosas que...

—Yo tampoco estoy segura, sólo puedo decirte que tengo miedo y que Simone está desesperada.

—Si ella cree padecer la misma enfermedad que Brigitte, es para estarlo, pero ten en cuenta que existen enfermedades que se tienen simplemente porque se desean tener, la mente humana es muy complicada. De mucho pensar en una enfermedad, se puede acabar padeciéndola, parece imposible pero así es. Hay mujeres que se obsesionan creyendo estar embarazadas y hasta se les hincha el vientre y tienen dolores de parto.

—Siéntate, Alain. Mientras tomamos algo, te explicaré todo lo que me ha dicho Simone.

El joven obedeció y al poco, estaba enterado de cuanto Simone le contara a Maragda. Al fin, Alain preguntó:

—¿Y tú supones que Polack tiene algo que ver en este asunto?

—Sí, no me cabe duda. No sé si es enfermedad o magia, pero él es el culpable de lo que le pasó a Brigitte y de lo que le está sucediendo a Simone.

Alain quedó pensativo unos largos segundos. Bebió del vaso que tenía entre las manos y al fin, opinó:

—Tu acusación no se puede basar en nada concreto, si Simone no puede acusarlo de haberla envenenado o de haberle hecho tomar algún fármaco o droga nociva en contra de su voluntad. Y aún basándose en que tus hipótesis sean ciertas, sería muy discutible que pudiéramos obtener un buen resultado delante de la justicia.

—Simone no recuerda nada, sólo sabe que estuvo en una cena fastuosa donde Beli
Polack contaba historias orientales eróticas y fueron servidos por criados asiáticos que nada decían.

—¿Como eunucos mudos?

—Más o menos.

—Hay una forma de averiguar lo que ocurrió.

—¿Cuál? —inquirió Maragda, excitada.

—Hipnosis.

Los ojos femeninos se agrandaron.
—¿Quieres decir que hipnotizándola averiguaríamos lo que pasó?
—Es posible.
—¿Tú sabes hipnotizar?
—Sí, asistí a clases de hipnosis para la especialidad de psiquiatría, no olvides que soy médico.
—Entonces, prueba. Está dormida por los somníferos que yo le he dado, pero puedo despertarla.
—Quizás eso favorezca la hipnosis mientras no esté profundamente dormida.
—Lo intentaremos. Hay que averiguar cuanto antes lo que sucede, por ella y por mí.
—¿Por ti?
—Sí, estoy citada con Beli Polack, convencí a tu amiga Diana. Alain esbozó un gesto de preocupación.
—¿Tienes algún medallón de oro o algo que brille?
—Tengo un colgante de pedrería, son zafiros falsos pero brillan mucho.
—Dámelo. Además me iría bien un foco de luz.
Mientras Simone seguía durmiendo, prepararon el foco de luz que no debía dar en el rostro de la muchacha, sino en el colgante que se hallaba al extremo de una cadenita.
—Despiértala sin brusquedades.
—¿Qué pasa, qué me sucede? —musitó Simone.
—Nada, Simone, nada, sólo queremos que recuerdes.
—¿El qué?
—Tranquilízate —pidió Alain—, relájate. ¿Ves estas piedrecitas que brillan?
—Sí, las veo —asintió, mirándolas como reverberaban la luz del foco eléctrico.
—No dejes de mirarla. Te sientes tranquila, muy tranquila. Derecha, izquierda, derecha, izquierda... Sigue el brillo con tus ojos. Te encuentras bien, muy bien. ¿Verdad que te sientes bien?
—Sí, me encuentro muy bien —dijo, somnolienta.
—Cuenta, uno...
—Uno.
—Dos...
—Dos.
—Tres...
Siguió con los números y ella repitió el conteo, mientras en sus pupilas se reflejaba la luminosidad de la pedrería del colgante.
—Duérmete, yo te lo pido. Duérmete, cierra los ojos, pero tu mente me obedecerá. Cuando Maragda vio que Simone cerraba los ojos y

permanecía sentada en la cama,
cuchicheó:
—La has hipnotizado, ¿verdad?
—Creo que sí, ahora veremos. —Se encaró con Simone—. ¿Estás relajada, Simone?
—Sí —respondió muy despacio.
—¿Te sientes mal?
—No.
—Beli Polack te ha citado en su pequeño castillo de mármol negro, ¿verdad?
—Sí.
—¿Te ha gustado que te citara?
—Sí.
—¿Tienes que ir a la cita o ya fuiste?
—Fui.
Simone siempre respondía con palabras cortas, alargándolas como si careciera de energía para contestar con contundencia.
—Fue una cena estupenda, ¿verdad?
—Sí, lo fue.
—Beli Polack es un gran anfitrión.
—Fue maravilloso.
—¿Quién más estaba contigo?
—Diana.
—¿Permaneció todo el tiempo con vosotros?
—No, ella se fue y nos dejó solos en la biblioteca, frente al fuego.
—¿Qué hicisteis tú y Polack en la biblioteca? —Charlamos.
—¿De qué?
—No lo sé, no recuerdo.
—Haz un esfuerzo, Simone, yo te lo ordeno.
—No lo recuerdo, no lo recuerdo —
gimió la muchacha. Maragda
cuchicheó:
—Está sufriendo.
Con un gesto de su diestra, Alain le pidió silencio y siguió enfrentado a Simone exigiéndole que recordara.
—Haz un esfuerzo, te lo ordeno.
—Tic tac, tic tac, tic tac —repitió Simone.
—¿Qué es eso, un reloj?
—No.
—¿Un metrónomo?
—Sí, brillaba mucho.
—¿Te pidió Plack que te relajaras?
—Sí.
—¿Te pidió también que lo obedecieras?

—Sí.
Maragda miró significativamente al joven médico. Las palabras de Simone indicaban que había sido hipnotizada también por Beli Polack.
—Cuando tu mente lo obedecía, ¿qué te pidió que hicieras?
—Que lo siguiera.
—¿Adónde?
—La pared se abrió, él entró por la abertura y yo lo seguí.
—¿Por un pasadizo secreto?
—Sí, él llevaba una lámpara de aceite en la mano, olía mucho.
—¿Adónde conducía el pasadizo secreto?
—Había muchas escaleras, muchas, interminables escaleras.
—¿Subían o bajaban?
—Siempre bajaban, siempre bajaban —respondió Simone bajo los efectos de la hipnosis, recordando cuanto había hecho en el tiempo que permaneciera hipnotizada por Beli Polack.
—¿Qué había al final de las escaleras?
—Una sala, no había más luz que la de la lámpara.
—¿Qué hizo Polack entonces?
—Levantó una trampilla de piedra y apareció otra escalera de hierro. Descendimos por ella.
—¿Qué había abajo?
—Un panteón y allí estaba ella.
—¿Quién es ella? —siguió preguntando Alain.
—La amada de Beli Polack. Estaba tendida sobre un triclinio blanco, es muy hermosa. Parecía viva, pero estaba muerta.
—¿Cómo sabes que estaba muerta, te lo dijo Polack?
—Sí. Me dijo que estaba muerta pero que él no de jaría que el cuerpo maravilloso de su amada se corrompiera jamás. —Al llegar a este punto de su relato, Simone se excitó hasta casi gritar.
—Simone, Simone, te pido que sigas recordando, ¿qué sucedió después?
—Me ordenó que me tendiera en la piedra del altar que hay en el panteón.
—¿Lo obedeciste?
—Sí.
—¿Qué ocurrió entonces?
—Empezó a hablar y a hablar, a hacer conjuros. Invocó a Beli, el príncipe de los diablos. Fue como una terrible tormenta, los rayos caían sobre mí y los truenos me ensordecían, me ensordecían. Yo grité, grité, grité...
En aquellos momentos, Simone fue presa de un paroxismo. Se llevó las manos a los cabellos, comenzó a estirárselos y a clavar sus uñas en el cuero cabelludo. La sangre se deslizó por su rostro.
—Basta, Alain, basta —suplicó Maragda al ver a su amiga en

aquella situación de locura desatada.

Su rostro se veía más pálido aún, surcado por las líneas rojas de la sangre oscura, mientras las mandíbulas se le desencajaban y entrecortados gemidos brotaban de su garganta descontrolada.

—Duerme, Simone, duerme. No recuerdes nada, no recuerdes nada.

Simone respiró con más tranquilidad y su rostro se fue relajando, había dejado de gritar. Se tendió hacia atrás, cerró los ojos y pareció dormida.

—Cuando dentro de ocho horas despiertes —le dijo Alain en tono muy convincente— no te acordarás de nada, no te acordarás de nada. Ahora duerme, duerme, duerme...

—Dios mío, ¿qué es todo esto? —se preguntó Maragda desconcertada, temblorosa.

—Coge una toalla mojada con agua tibia y lávale la sangre. —Sin apartar sus ojos de Maragda, mientras su rostro quedaba iluminado por el foco eléctrico que había servido para hacer brillar el colgante utilizado para hipnotizar a Simone, musitó—: Tenías razón, Maragda. Si no es magia negra, es algo que se le parece mucho.

—¿Y qué hacemos ahora?

Maragda acababa de hacer una pregunta para la cual Alain no tenía respuesta, ni él ni la ciencia que le habían enseñado en la facultad de medicina. Los poderes de Beli Polack estaban muy por encima de lo que la ciencia oficial había llegado a controlar.

CAPITULO IX

—Qué mal huele —comentó en voz alta una mujer en el andén del metro de París, en la estación de la Madeleine.

Varias miradas convergieron en Simone que ocultó su rostro, torturada y avergonzada al mismo tiempo.

—Se podría lavar —gruñó alguien.

—¡Estoy lavada! —gritó Simone de pronto.

Sollozando, corrió junto al borde del andén cuando apareció el tren que surgía del túnel, ya frenado.

Bruscamente, Simone se arrojó a las vías ante el espanto de cuantos se hallaban en el andén, aquellas personas que la habían acusado de suciedad cuando ella sabía que lo que le sucedía era algo horrible, mucho peor que una enfermedad degenerativa.

Hubieron gritos.

El conductor del tren frenó lo que pudo, las ruedas metálicas chirriaron pero ya era tarde.

El cuerpo de Simone fue despedazado, los huesos se partieron y surgieron entre las carnes abiertas. Los más morbosos se acercaron para ver lo que había quedado de la muchacha suicida. Apenas pudieron ver las piernas desnudas, ensangrentadas. El resto del cuerpo había quedado bajo el tren inmovilizado mientras el conductor asomaba su cabeza por la ventanilla y, muy pálido, vomitaba sin poder contenerse. No era la primera vez que atropellaba a un suicida en las vías del metro de París, pero jamás se acostumbraría a semejantes situaciones.

* * *

Maragda se presentó en la Maison du Dragon. Diana la estaba esperando junto a la barra, tomando un combinado en actitud de espera.

—Hola, Diana. ¿Ha venido Polack?

—Ha habido cambio de planes.

—¿Sí, no va a venir a la cena?

—Habrá cena y mejor que la que podían servirnos aquí.

—¿Es que habéis quedado en otra parte?

—Sorpresa. ¿Has dejado tu coche afuera?

—Sí, no está en una maravilla de aparcamiento pero está afuera.

—No importa, iremos en el mío.

—¿Adónde?

—Sorpresa, sorpresa. Vas a tener más suerte de la que has imaginado. Vamos. Dejó un billete sobre el mostrador y salieron del restaurante.

Diana tenía un buen coche, era de color rojo oscuro. Maragda se acomodó junto a ella y se dejó llevar por aquella falsa bruja que se ganaba la vida utilizando el sexy de su cuerpo y engañando a los

incautos haciéndoles horóscopos, leyéndoles las rayas de las manos o echándose las cartas del tarot.
—Es un hombre impresionante.

—Sí, lo imagino —dijo Maragda.

—Sabe vivir, lo hace como los príncipes de otros tiempos. La verdad es que tiene mucho dinero.

—¿Cuántos años tiene?
Diana se encogió de hombros.
—No lo sé, supongo que los que aparenta.
—Aparenta treinta y cinco o cuarenta, pero quizás tenga algunos más.

—Es un hombre que sabe vivir y se conserva muy bien.
—¿Tú no tienes encuentros regulares con él?

—Sólo alguna vez, para mí es un privilegio que me reciba, eso me da prestigio en el mundillo de la magia.

Maragda pensó en preguntarle por Simone, pero se dijo que Diana le mentiría. Estaba segura de que aquella mujer mentía por conveniencia, ella tenía más acceso a Beli Polack de lo que daba a entender. Quizás Polack la utilizaba como filtro para seleccionar a las mujeres que deseaba recibir en su pequeño castillo de mármol negro.

—Si una mujer pudiera casarse con Beli Polack, sería como una reina, no le faltaría de nada y viajaría por todo el mundo.
—Pero él amaba a una sola mujer.

Diana, sin dejar de prestar atención a la conducción mientras los faros se abrían paso por las calles de París buscando alejarse del centro de la ciudad, preguntó:
—¿Lo sabes?
—Se cuenta que amó a una mujer.

—Es cierto, amó a una mujer excepcionalmente bella, se llamaba

Bianca.
—¿Llamaba? Lo dices como si hubiera muerto.

—Murió, se cree que lejos de aquí, hace tiempo de eso, años. Se le dejó de ver acompañado y se dijo que su mujer había muerto. Es un hombre que viaja por todo el mundo y no quiso revelar en qué lugar había muerto Bianca.

—¿Y no ha pensado en sustituirla?

—¿Por otra?

—Eso es, por otra, él todavía está joven, puede volverse a casar o simplemente aparejarse.

Diana esquivó unas luces que se le echaban encima y prosiguió su conducción alejándose más y más del abigarrado mundo del cemento.

—Según él, ninguna puede igualarse a Bianca, la amaba como pocos hombres pueden amar a sus mujeres. Recibe compañía femeninas, cierto, pero siempre son diversiones pasajeras, como si no tuvieran trascendencia alguna.

—¿Cómo yo ahora?

—Es posible, pero quizás alguna mujer posea ese don especial para hacerle olvidar a Bianca y convertirse en la reina del Chatelet Noir. Esa mujer podrías ser tú, nunca se sabe. Tú eres muy bonita, joven e inteligente. ¿Te molesta que te haga una pregunta?

—No, no me molesta, pero me reservo el derecho de responder o no.
—¿Eres virgen todavía?

Maragda sonrió.

—Sí, pero no es porque sea frígida. Considero que el sexo es una vía de comunicación muy importante entre hombre y mujer y sólo me entregaré a los brazos del hombre con el que me haya de comunicar de forma total.
—Te comprendo, Maragda, eres una chica que vale mucho. Mira, ya llegamos.

Se enfrentó a la verja. Sin necesidad de llamar, la puerta de hierro se abrió sola. Con toda naturalidad, Diana introdujo el automóvil en los jardines.

Un criado uniformado de negro, con rasgos orientales aunque no parecía ni chino ni japonés, les franqueó la entrada sin decir nada. Diana tampoco le habló.

Lo siguieron y las condujo a un salón donde brillaban innumerables luces y donde había una fastuosa mesa preparada para recibir tan sólo a tres comensales.

—¿Qué te parece esto?

—Fastuoso, es un derroche de luz.

—Y de obras de arte, y todas son auténticas.

Había una suave música de fondo y Beli Polack, vestido con un impecable chaqué muy elegante y atractivo, descendió por una escalera de mármol negro. Les ofrecía una discreta sonrisa.

Al llegar hasta ellas, les estrechó las manos. Maragda se dijo que, efectivamente, los ojos de aquel hombre cautivaban. No era de extrañar, por tanto, que mu chas mujeres cayeran en sus redes y si encima tenía poderes demoníacos, las víctimas seleccionadas no tenían escapatoria.

«No te dejes sugestionar, no te dejes sugestionar, no te dejes sugestionar...» se repetía, recordando lo que Simone había contado a través de la hipnosis.

Polack hablaba con amenidad y sus palabras entraban suavemente en el cerebro de sus interlocutores. Sabía como captar la atención de los demás y era muy difícil escapar de su influjo, al poder envolvente que emanaba de él. Tenía una educación exquisita; sin em-bargo, Maragda sabía que había algo maligno en los ojos de aquel hombre que al mover su mano izquierda hacía brillar un ancho anillo de plata que llevaba en el dedo corazón, un anillo que era una circunferencia dentro de la cual había un triángulo, y dentro del triángulo estaba escrito el nombre de Beli y Maragda ya sabía que Beli era el nombre de unos de los príncipes de las tinieblas.

Beli Polack era un adorador del diablo, si es que él mismo no era el diablo en persona. Al terminar la cena, Diana dijo:

—Tengo que marcharme.

—Yo iré contigo —se apresuró a decir Maragda.

—No temas, Maragda, yo mismo te llevaré a tu apartamento o lo hará mi chófer —le dijo Polack.

—Hazle caso, es tu oportunidad —le cuchicheó Diana, sonriéndole. Le dio un par de besos y se alejó, dejándolos solos.

—Vayamos a la biblioteca, allí hablaremos muchos mejor que aquí —le propuso Polack. Todo estaba sucediendo como explicara Simone. El ambiente, el fuego, las palabras
envolventes de Beli Polack y el...
Tic, tac, tic, tac...

«Está empezando a hipnotizarme», se dijo. «Tengo que resistir, tengo que resistir, pero

le haré creer que estoy hipnotizada.»

—Relájate, relájate —pedía la voz profunda de Beli Polack y los párpados comenzaron a pesarle.

* * *

Alain, provisto de una cuerda con garfio, había conseguido rebasar el muro que rodeaba el castillo de mármol negro. Sigilosamente, como ladrón furtivo en la noche, se había acercado a los ventanales, mas nada se podía ver desde el exterior.

Gracias a los innumerables salientes de las paredes, fue escalándolas hasta llegar a una ventana alta y arriesgado su vida, la forzó con una palanca. De este modo, pudo introducirse en el Chatelet Noir.

Sabía que Beli Polack disponía de criados y anduvo con cuidado.

Desde lo alto de la galería interior, observó la sala donde habían servido la cena y pudo ver como los criados retiraban la vajilla.

Impaciente, comenzó a descender por la escalera tratando de no ser descubierto. Tenía que encontrar la biblioteca y dedujo que era la estancia cuyas puertas se hallaban cerradas. Estuvo a punto de ser descubierto en dos ocasiones, pero la suerte se alió con él.

Abrió la puerta sigilosamente y penetró en la biblioteca donde los leños ardían en la chimenea. Olió a extrañas resinas quemándose.

Buscó por las paredes y tras un espeso cortinaje encontró el hueco que conducía al pasadizo secreto. Llevaba una pequeña linterna

consigo, además de un paquete sujeto a la cintura.

Fue descendiendo por las interminables escaleras, todo era como había explicado Simone. El interrogatorio mediante hipnosis había funcionado.

Descubrió la sala y la trampilla de piedra, una losa que estaba abierta. El agujero invitaba a descender por una escalera metálica de amplio caracol. Abajo había luz.

Allí estaba el mausoleo donde yacía la bellísima esposa de Beli Polack, un cadáver que, pese a los años que transcurrían sobre él, no se corrompía y al mirarla parecía que estuviera viva, palpitante.

Desde el lugar donde se encontraba, Alain pudo oír la voz y entender las palabras que brotaban de la garganta de Beli Polack.

—Poderoso príncipe Beli, fuerte y terrible que cabalgas sobre el caballo blanco, te ofrezco este cáliz de vino. Escucha la voz del que te invoca y te suplica, del esclavo que lleva tu nombre para recordarte constantemente. Reconóceme por mi anillo de plata, príncipe al que adoro y me someto. Soy el que te sirve y el que pregona tus poderes. Acepta a esta doncella llamada Maragda que he puesto en el altar a ti dedicado. Conserva incorrupta a mi amada esposa Bianca y que su corrupción se produzca en el cuerpo de Maragda y no en el cuerpo sin vida, pero todavía caliente de mi ama da Bianca a la que te suplico sigas conservando siempre en todo el esplendor de su belleza. Príncipe Beli, aplastado contra el suelo, besando la losa donde podrías tus plantas, te juro que te ofreceré cuantos sacrificios demandes de mí.

Mientras Polack, cubierto ahora con una túnica negra en la que podía verse un círculo de plata con un triángulo dentro, seguía invocando a las fuerzas infernales, Alain descendió al mausoleo convertido en santuario satánico.

Descubrió a Maragda tendida sobre la losa del altar, parecía dormida.

En el centro de la cripta había un triclinio y tendido en él estaba el cadáver de una bellísima mujer que parecía haber muerto en aquel mismo momento. Su cuerpo estaba caliente y Beli Polack quizás podía seguir haciendo el amor con ella.

Antes de que fuera advertida su presencia, Alain abrió el paquete que llevaba consigo y roció el producto, unos polvos grises y brillantes, sobre el cuerpo y el rostro del cadáver.

En aquel instante, sobre el cuerpo de Maragda, pareció producirse como una tormenta eléctrica que sobrecogió a Alain que reaccionó con rapidez antes de que la diabólica invocación surtiera sus malignos y siniestros efectos.

—¡Polack, Polack!

Sorprendido, Polack se revolvió descubriendo a Alain que acababa de prender su encendedor. Los ojos del mago satanista se agrandaron, llenos de terror.
—¿Qué haces, maldito?

—Este es el fin de tu obra, Polack.

Acercó la llamita del mechero a los polvos grises que cubrían el cadáver de la que fuera bellísima mujer. Aquella especie de pólvora lenta pero de gran poder calorífico se prendió y el fuego inundó el cadáver.

—¡Nooooo! —aulló Polack corriendo hacia el cuerpo que ardía en su totalidad, incluido el rostro.

Trató de apagarlo con su propio cuerpo, pero la mezcla de pólvora prendió también en sus ropas y el propio Polack comenzó a arder junto a los despojos de su amada.

Alain, en medio de gritos de dolor y horror de Polack, corrió hacia el altar.

Cogió a Maragda, mientras el mausoleo subterráneo se llenaba de asfixiante humo y la colgó sobre su hombro izquierdo. Corrió hacia las escaleras mientras Polack, enloquecido, en vano trataba de apagar el fuego que destruía aquella belleza que él había ansiado que fuera eterna, y para ello había suplicado la participación de las fuerzas infernales, traspasando la corrupción natural de un cuerpo a otros jóvenes y sanos que ofrecía en sacrificio.

Al llegar a lo alto, Alain tapó la entrada del mausoleo con la losa, dejando abajo a amada y amante, quemándose.
Por las escaleras de piedra, llegaron hasta la biblioteca.

Allí, Alain sentó a Maragda en una butaca y encarándose con ella

trató de despertarla de su estado hipnótico, mas no era fácil conseguirlo.

Buscó con la mirada hasta que descubrió el metronomo que Beli Polack utilizaba para hipnotizar a sus víctimas, a las muchachas que destinaba para la corrupción en vida. Y cuando morían, se apresuraba a buscar a otra joven para reemplazar a la muerta, evitando así la corrupción del cadáver de su amada.
Tic, tac, tic, tac, tic, tac...

—Despierta, despierta, todo ha pasado, despierta.
Maragda abrió los ojos. Miró a Alain desconcertada y preguntó:

—¿Qué sucede?

—Tenemos que marcharnos de aquí cuanto antes, ya te lo explicaré.
La mujer obedeció y, con sigilo, ambos lograron salir de la siniestra mansión.

Afuera esperaba la poderosa motocicleta que los alejó del Chátelet Noir en cuyos sótanos, Beli Polack moría consumido por el fuego y asfixiado por el humo, abrazado a los despojos de la que años atrás fuera su bellísima esposa, un cadáver ya medio carbonizado, ofreciendo un horrible aspecto que jamás recordaría la belleza que había llevado a Polack, adorador de los príncipes infernales, al sacrificio de tantas muchachas inocentes, muchachas que habían sido condenadas a una agonía y muerte pavorosas, agonía de la que Simone había escapado arrojándose al tren del metro de París.

Maragda se apretó contra la espalda de Alain.

Apenas recordaba nada, pero tenía la sensación de haber pasado por un gran peligro, peligro del que Alain la había salvado. Y ahora, el ojo luminoso de la poderosa motocicleta la regresaba a su mundo, alejándola más y más del tenebroso castillo de mármol negro.

F I N



8 410018 028552